

CUADERNOS DE HISTORIA 19

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 1999



EMPRESARIADO Y DESARROLLO INDUSTRIAL EN LA HISTORIOGRAFÍA NACIONAL*

Baldomero Estrada
Universidad Católica de Valparaíso

Introducción

El propósito de este trabajo es revisar cronológicamente las percepciones que intelectuales, economistas, sociólogos e historiadores han manifestado respecto al desarrollo industrial de nuestro país y sobre las condiciones humanas que muestra nuestra sociedad en cuanto a sus aptitudes empresariales.

La importancia del sector industrial en el desarrollo económico de las sociedades contemporáneas ha sido de relevancia indiscutida. Los paradigmas europeos, de la evolución industrial, han mostrado, desde su origen en el siglo XVIII, el papel protagónico de la industria en los procesos de desarrollo. Las economías de los países del Tercer Mundo debieron someterse al predominio industrial europeo que trajo consigo el control del comercio y el ámbito financiero. En suma, los europeos, impusieron los mecanismos del capitalismo

* Esta investigación es parte del proyecto FONDECYT N° 1971035

como instrumentos en su beneficio. Para los países latinoamericanos se hizo necesario buscar vías de crecimiento y desarrollo a través de las potencialidades propias. En un primer momento, la demanda de productos básicos estimuló las exportaciones pero el correr del tiempo fue dejando en evidencia que ese tipo de inserción en el mercado limitaba enormemente las posibilidades de las economías nacionales, basadas en la producción de materias primas. Era necesario desarrollar el sector secundario en procura de mayor autonomía y de mejor posición competitiva. El proceso de transformación económica implicaba la existencia de determinadas capacidades y potencialidades objetivas, pero también una muy importante cuota de factores subjetivos, o de "actitud social" que se tradujo en el deseo de la clase dirigente por impulsar los cambios requeridos. Desde esta perspectiva es importante examinar cómo veían los actores involucrados las condiciones humanas técnicas; también la disposición social para llevar a cabo las transformaciones necesarias. Del mismo modo, nos interesa conocer las interpretaciones que los especialistas, desde sus diversas disciplinas, han dado sobre el proceso de industrialización y la conformación del empresariado nacional.

La pluralidad que el país ha tenido en sus políticas económicas y en sus proyectos políticos ha determinado variaciones y evoluciones en cuanto a las interpretaciones de nuestro pasado. Por lo demás, la valoración que hoy día tiene el elemento humano en el proceso productivo estimula el interés por temas como capacidad empresarial y especialización laboral. La ampliación de los mercados, la internacionalización financiera, los menores costos del transporte, entre otras variables, han conducido a que entre los factores de la producción se considere al factor humano como el más relevante para acceder a mayores ventajas como también lograr los medios más decisivos en la optimización productiva. El concepto de calidad total descansa en la idea de proporcionar un excelente servicio, para lo cual se debe crear, en la empresa, un buen clima de relaciones humanas, existiendo además el compromiso personal, de cada trabajador, de asumir que de la eficiencia que aplique a su gestión depende el resultado final.

Nuestra economía, en su fragilidad y dependencia, respecto a los diferentes proyectos políticos, ha deambulado del liberalismo al proteccionismo para luego seguir modelos de estatismo empresarial que han evolucionado hasta esquemas socialistas, para a continuación pasar bruscamente a un régimen de libre mercado. Como nuestro propósito final es entender la evolución del proceso industrial en su contexto histórico, creemos que para ello se impone indagar cuáles fueron las condiciones, aptitudes y disposiciones que la sociedad ha venido mostrando en su transitar.

Autoimagen de la sociedad chilena de comienzos de siglo acerca de su capacidad empresarial

Sin duda que el tema de la capacidad empresarial no es nuevo y, si bien es efectivo que en los últimos años en nuestro país ha cobrado mayor vigencia, es también cierto que a través de la historia nacional ha estado siempre presente aunque con perfil menos relevante. Creemos que además de las percepciones que puedan tener los especialistas de distintas épocas sobre las capacidades de nuestros empresarios es también importante conocer la opinión que los distintos sectores sociales tenían de su clase dirigente en la gestión económica. En cierto modo, en las opiniones de las figuras seleccionadas creemos recoger la autoimagen que tenía la sociedad, o al menos ciertos sectores de la sociedad, sobre el particular.

A comienzos del siglo XX sobresale un importante grupo de intelectuales de clase media que se agrupa en torno a un pensamiento nacionalista, estimulado políticamente por los conflictos limítrofes y económicamente por el predominio creciente de capitalistas y empresarios extranjeros en la economía nacional. Podemos también integrar en ese grupo a aquéllos que se detuvieron a denunciar lo que se denominó “la crisis de comienzos de siglo”. Ahí ubicamos a un heterogéneo conjunto de individuos de diversas posiciones ideológicas, que perciben la crisis desde distintas perspectivas. Las causales de la crisis, de acuerdo a los distintos autores, son muy variadas, ya sean de índole moral, racial, política, educacional o de manejo económico. En todo caso, se adjudica, por la mayor parte de la intelectualidad, una alta responsabilidad en ella la clase dirigente¹.

En ese grupo sobresale la obra de F. Antonio Encina que ha influido notablemente en posteriores historiadores e intelectuales, como también ha marcado hondamente el sentimiento nacional en su obra *Nuestra Inferioridad Económica*, beneficiada, hasta hoy, con reiteradas reediciones. Para Encina las limitaciones nacionales para las actividades industriales se originan en variados factores, entre los cuales predominan los raciales y los educacionales.

“Nuestra raza, en parte por herencia, en parte por el grado relativamente atrasado de su evolución y en parte por la detestable e inadecuada enseñanza que

¹ Cristián Gazmuri, *Testimonios de una Crisis*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1980.

recibe, vigorosa en la guerra y medianamente apta en las faenas agrícolas, carece de todas las condiciones que exige la vida industrial”².

En lo racial adjudica a los españoles, por su acentuado carácter guerrero que los identifica con un estadio evolutivo militar, la responsabilidad de nuestro escaso interés por las actividades comerciales e industriales³. A su parecer, esta actitud es estimulada por el tipo de educación impuesto por nuestra clase dominante, por cuanto “inculca al joven el desprecio por el comercio y le atrofia el desarrollo de todas las capacidades que dan el éxito en los negocios y hacen al hombre un ser útil en las sociedades modernas”. Agrega a estos factores el nocivo efecto foráneo, manifestado en el desplazamiento de los capitalistas nacionales, la influencia ideológica y el desarrollo del espíritu de imitación de nuestra aristocracia, fruto de largas estadías en Europa.

Para Encina la decadencia del espíritu de nacionalidad y la crisis moral no son sino aspectos distintos de un mismo fenómeno que se reflejan en diversos comportamientos sociales de profundos efectos en el carácter nacional. La creación de hábitos por consumir productos extranjeros y la adhesión a doctrinas foráneas, como el librecambismo, han sido las causales más visibles del deterioro del sentimiento nacional.

Markos Mamalakis considera, apoyándose en Albert O. Hirschman, que el criticismo de Encina hacia sus compatriotas no constituye exactamente una teoría negativa “sino un instrumento destinado a estimular el orgullo nacional y una estrategia para introducir las reformas fundamentales en la educación”⁴.

En similar línea a la de Encina encontramos a Santiago Machiavello V., quien reconoce capacidades físicas del chileno para el trabajo sin tener interés por éste. Echa de menos una enseñanza más interesada en las actividades económicas y cree que la ausencia de industria se debe más a la falta de conocimientos de la técnicas que a otras condicionantes⁵.

Tancredo Pinochet sostiene que la sociedad chilena visualiza como expectativas para sus hijos dos posibilidades de acuerdo con sus potencialidades. Para los más inteligentes están las profesiones liberales, y muy especialmente

² Francisco Antonio Encina, *Nuestra Inferioridad Económica*, Editorial Universitaria, Santiago, 1978, p. 32.

³ *Ibíd.*, p. 166.

⁴ Markos Mamalakis, “Explicaciones Acerca del Desarrollo Económico Chileno: Una Reseña y Síntesis”, en *HISTORIA* (Universidad Católica de Chile), vol. 19, 1984, p. 120.

⁵ Santiago Macchiavello Varas, *Política Económica Nacional. Antecedentes y Directivas*, Establecimientos Gráficos Balcels & Cia. Santiago de Chile, 1931, p. 94.

la de abogado a quienes se asignan condiciones de liderazgo, eficiencia y prestigio. Los más limitados deben conformarse con orientar sus ambiciones por los afanes mercantiles e industriales. Por consiguiente “no tenemos derecho para quejarnos del escaso y torcido desarrollo de nuestras industrias y del abandono de nuestro comercio si nosotros mismos escogemos entre los incapaces el personal que ha de crear o dirigir estas dos poderosas fuentes de riquezas”⁶. Por otro lado, lamenta la falta de protección que se prodiga al desarrollo industrial puesto que, considera, es la única forma de lograr desplazar los productos extranjeros, aunque ello pueda significar, al comienzo, tener que pagar precios más elevados⁷.

En general, entre el conocido grupo de autores nacionalistas de comienzos de siglo se comparte un conjunto de ideas que se expresan de diversas formas. La crítica al librecambismo y el apoyo al proteccionismo; la falta de enseñanza técnica; diferentes expresiones de xenofobia y una fuerte crítica a la clase política, sobresalen entre las reiteradas muestras de descontento. Sin duda que entre los que rechazan o expresan de modo más decidido su aversión hacia los extranjeros destaca Nicolás Palacios. Este autor establece una suerte de sinonimia entre extranjeros y comerciantes a quienes culpa de los diversos males que aquejan a la nación. No solo los responsabiliza de nuestros problemas económicos sino además de los políticos, por cuanto en la búsqueda por la estabilidad son los “mejores sostenes de toda tiranía”. Agrega que los grandes comerciantes extranjeros han sido responsables de las múltiples derrotas de nuestra cancillería. Palacios cree que los extranjeros deben estar limitados en la propiedad y en el ejercicio profesional, tanto por razones económicas como morales. Sobre esto último hace notar la cantidad de incendios de casas de comercio que generalmente pertenecían a extranjeros⁸.

En el grupo de intelectuales nacionalistas destacan varios autores, cuando esta posición se fortaleció, sobre todo luego de la Guerra del Pacífico, en que los británicos asumieron el control de la explotación salitrera. Entre los precursores de dicha postura habría que mencionar a Luis Aldunate Carrera⁹ y a

⁶ Tancredo Pinochet Le Brun, *La Conquista de Chile en el Siglo XX*, Imp. Lit. y Encuadernación La Ilustración, 1909, p. 213.

⁷ *Ibíd.*, p. 230.

⁸ Nicolás Palacios, *Raza Chilena*, (Edición facsimilar según edición original de 1904) Ediciones Colchagua, 1987, p. 467.

⁹ Entre las obras de L. Aldunate podemos mencionar, *Desde Nuestro Observatorio. Estudios de Actualidad* (1893), *Indicaciones sobre la Balanza Comercial* (1893) y *Algunas Rectificaciones Necesarias* (1894).

Francisco Valdés Vergara. Este último proponía la nacionalización del salitre con el propósito de poder desarrollar el fomento industrial con las ganancias obtenidas de la exportación¹⁰.

Al revisar a los críticos mesocráticos no podemos dejar de mencionar a J. Valdés Canje (Alejandro Venegas). Destacado pedagogo, concentró sus ataques en la oligarquía, responsable de la extrema diferenciación social, indiferente ante las necesidades educacionales y que usó el aparato estatal en su beneficio, perjudicando a la gran mayoría del país. Menciona la depreciación como uno de los mecanismos más evidentes de los abusos cometidos por la clase dominante. A diferencia de la gran mayoría, no propicia el proteccionismo, por cuanto considera que no es más que otro mecanismo de perjuicio de los más necesitados a fin de beneficiar a los más pudientes:

“La oligarquía que ha visto languidecer por su sola y única culpa las industrias, tratando de hacerlas resurgir de una manera artificial y a expensas del pueblo, dictando leyes que establecen impuestos aduaneros prohibitivos para los productos extranjeros similares a los de la industria que se quiere proteger. Lo que se alcanza con este procedimiento es la satisfacción pueril de decir tenemos fábricas de telas de algodón, refinerías de azúcar, fábricas de fósforos, de velas de estearina, etc., y luego enriquecer a unos cuantos encareciendo artículos indispensables para la vida, carga que pesa particularmente sobre el proletariado, que tiene que pagar mas caro que antes cosas de peor calidad... Estas industrias creadas por la protección gubernativa son flores de invernadero, destinadas a perecer tan pronto como cese el calor que las sustenta”¹¹.

Es evidente, por lo visto hasta el momento, que existe entre los críticos de comienzos de siglo un cuestionamiento unánime a la oligarquía nacional. De ahí que es importante conocer cuál es la postura que tienen sobre el particular las instituciones políticas a través de las cuales se expresan sus proyectos de desarrollo económico y en especial su posición frente al papel de la industria. Para la mayoría de los partidos políticos, la industria y el proceso de industrialización no es un tema relevante. Durante años, los partidos políticos tradicionales en sus programas reflejaron su desinterés en el tema. Las menciones que se hacen son más bien recursos demagógicos sin respaldo de acciones concretas. Rara vez encontramos expresiones diferentes en la estructura partidaria. Esto tan solo ocurre al interior de pequeños partidos que por lo demás

¹⁰ Ver: *Los Problemas Económicos de Chile* (1893) y *La Situación Económica y Financiera de Chile* (1894).

¹¹ Dr. J. Valdés Canje, *Sinceridad. Chile Intimo en 1910*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1910, p. 31.

tuvieron efímera vida política. Tal es el caso del Partido Nacional, donde militó F.A. Encina¹². En la Convención del Partido Nacional de 1911 se expusieron lo que ellos consideraban las bases y orientaciones de la política económica y comercial chilena. En ese documento se manifiestan dos propósitos fundamentales para la política económica del país: transformación agrícola y evolución hacia una etapa manufacturera y comercial. Se consideraba que “limitada nuestra expansión agrícola por la naturaleza, no pudiendo detenernos, sin suicidarnos, en las industrias extractivas, no queda a nuestro futuro desarrollo otro horizonte que la manufactura, el comercio y la navegación”¹³.

La actitud general de la oligarquía es más bien de indolencia frente a la actividad empresarial. Pedro Luis González, en 1921, explícitamente denuncia la opinión que merece, para los industriales, la actitud de los políticos, haciendo notar que en todos los programas de los partidos políticos figura el tema de la protección industrial, pero no es sino bandera de combate electoral y que una vez pasada la elección “los arrumban en cualquier rincón como cosas inútiles”¹⁴.

Uno de los últimos escritores integrado al grupo de denunciantes de la “crisis nacional” de comienzos de siglo es Carlos Keller R., para quien “nuestra eterna crisis tiene su causa más profunda y verdadera en nuestro cerebro. Es algo independiente, absolutamente independiente de toda cuestión doctrinaria”. Creía que el aparato estatal podía establecerse sobre diferentes sistemas, comunista, socialista, liberal o conservador, pero con ello no se lograría modificar lo que él denominaba la organización cerebral. En cuanto a la participación económica de los chilenos, la percibía dentro de una estructura propia del conquistador colonial; esto es, buscar la riqueza rápida usando todos los medios que conduzcan a ese fin sin contemplaciones. La riqueza, en

¹² Luis Barros Lezaeta y Ximena Vergara, *El Modo de Ser Aristocrático. El Caso de la Oligarquía Chilena hacia 1900*, Ediciones Aconcagua, Santiago, 1978, p. 92. Los autores son bastante drásticos en la caracterización de la oligarquía. Según su opinión, la mentalidad económica del grupo se define por “la valoración aristocrática del dinero; el desprecio por las actividades empresariales, tanto productivas como comerciales; la irrelevancia acordada a la producción en general, y a la industria en particular, en la organización del trabajo social; el caso omiso que se hace de la ciencia y la tecnología; la valorización del derroche y del consumo conspicuo; la connotación paternalista que tiñe las relaciones laborales, cuando ellas son percibidas”, p. 95.

¹³ “Bases y Orientaciones de la Política Económica y Comercial de Chile” (Discurso pronunciado por el diputado F. Antonio Encina en la Convención del Partido Nacional por encargo del Comité Organizador), en: *Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril*, 1911, p.19.

¹⁴ Pedro Luis González, “Política Industrial”, en: *Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril*, 1921, p. 65.

Chile, según su opinión, es para llevar una vida social que satisfaga la vanidad, efectuando inversiones en lujos, fiestas, caballos de carrera, automóviles, etc., a diferencia del anglosajón que las emplea en hacer crecer y ampliar sus empresas. En cuanto al uso tecnológico, afirma que ha sido incorporado por imitación pero sin compartir su espíritu ya que “no existe entre nosotros la precisión y seguridad, el afán de innovar y de mejorar. Hay en todo mucha improvisación, mucha torpeza, mucha dejadez”¹⁵.

Excepcionalmente encontramos algunos políticos que asumen una actitud crítica frente a la situación existente. Enrique Mac-Iver, parlamentario y ministro radical, pronunció en 1900 un difundido discurso refiriéndose a la crisis moral que afectaba a la sociedad. Desde su perspectiva se había producido un fenómeno de pérdida de valores, traducido en un retroceso general de la nación. Sostenía que su generación no había sido capaz de mantener ni el espíritu ni la energía que adjudica a sus antepasados. Percibía que luego de la Guerra del Pacífico se había producido el cambio: “El oro vino, pero no como lluvia benéfica que fecundiza la tierra, sino como un torrente devastador que arrancó del alma la energía y la esperanza y arrastró con las virtudes públicas que nos engrandecieran”¹⁶. Afirmaba que existía en el nacional espíritu de empresa y de energía para el trabajo, lo cual se había demostrado en los logros de mediados de siglo, empero todo eso había desaparecido produciéndose un evidente deterioro en la producción, la cual solo se sostenía en función de la explotación salitrera. Los otros sectores productivos mostraban un franco retroceso: “la agricultura vegeta, la minería permanece estacionaria, la incipiente manufactura galvanizada con el dinero público y con el sacrificio de todos no prospera; el comercio y el tráfico son siempre los mismos y el capital acumulado es menor”¹⁷.

Como Ministro de Hacienda en 1893, Mac-Iver luchó por la abolición del papel moneda, el aumento de los derechos de importación que habían ido disminuyendo por el descenso del valor de la moneda, de tal modo que durante 25 años se mantenía el monto de ingresos. En la lectura de su Memoria propuso, en cuanto al desarrollo industrial, protección para la marina mercante y reformas en la legislación aduanera¹⁸.

¹⁵ Carlos Keller R. *La Eterna Crisis Chilena*, Editorial Nascimento, Santiago, 1931, pp. 105-107; 319.

¹⁶ Enrique Mac-Iver, “Discurso sobre la Crisis Moral de la República”, en: Hernán Godoy, *Estructura Social de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1971, p. 289.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 285.

¹⁸ Daniel Martner, *Estudio de Política Comercial Chilena e Historia Económica Nacional*, tomo II, Imprenta Universitaria, Santiago, 1923, p. 521.

Juan Enrique Concha, miembro del Partido Conservador, considerado uno de los primeros impulsores del pensamiento social cristiano en Chile, destacado por su constante denuncia de las injusticias sociales y su compromiso con las actividades en beneficio de los desvalidos, denunciaba la indiferencia de la clase dirigente por la desmedrada situación existente, y negaba la existencia de una clase burguesa identificada con la actividad productiva. A su juicio, la clase media, que identifica con la burguesía, se orienta más hacia las profesiones liberales y la política, que no inciden positivamente en el progreso del país. Afirma que la burguesía nacional no tiene espíritu corporativo, como existe en otros países; por el contrario, vive aislada, recelando de sus pares, privándose con ello de la fuerza y cohesión necesarias para influir en el ámbito público¹⁹.

La amplia difusión que posteriormente han tenido las denuncias de Mac-Iver y Concha no hacen sino ratificar el carácter excepcional de sus posiciones dentro del contexto político de su época. En verdad, este aspecto es uno de los que deberá ser analizado con detención para una más apropiada comprensión del proceso industrial. La percepción que tuvo la clase política del desarrollo económico y su particular participación en dicho proceso son aspectos fundamentales que, junto a las políticas económicas, variaciones del comercio exterior o comportamientos del mercado, como otras variables propiamente económicas, son factores importantes en una equilibrada ponderación de la situación. En el ámbito político no podemos dejar de mencionar la posición de Alberto Edwards que, si bien es uno de los más tardíos, es también uno de los que mayor impacto ha provocado con sus denuncias sobre la oligarquía que se posesiona luego de la revolución de 1891. Para Edwards la Guerra del Pacífico permitió gobernar sin sobresaltos, evitando los impuestos, manteniendo la subsistencia indefinida del papel moneda, lo cual “lejos de perjudicar a los intereses oligárquicos, los servía, sin que las clases medias ni mucho menos el pueblo sospecharan siquiera el despojo sistemático de que eran objeto”²⁰.

Bien podríamos retrotraer, para esa época, los juicios de Nicholas Kaldor en su posterior análisis de la economía nacional cuando afirma que los obstáculos al progreso en Chile no son naturales, ni técnicos, ni económicos, sino más bien políticos²¹.

¹⁹ Juan Enrique Concha, “Características Sociales de Chile”, en: Hernán Godoy, *op. cit.*, p. 312.

²⁰ Alberto Edwards Vives, *La Fronda Aristocrática*, Editorial del Pacífico, 1952, p. 206 (la primera edición es de 1928).

²¹ Nicholas Kaldor, “Problemas Económicos de Chile”, en: *EL TRIMESTRE ECONÓMICO*, vol XXVI (2), N°102, 1959, p.171.

Finalmente quisiéramos rescatar la opinión vertida por un europeo que se detiene en el tema. Para W. H. Koebel, en los chilenos de comienzos del siglo existía sentido de iniciativa y de empresa, pero orientado fundamentalmente a aspectos militares. Hace notar que el progreso alcanzado en esa área ha sido tan notable como en cualquier país europeo, provocando asombro a cualquier extranjero. Sin embargo, esa capacidad no había sido utilizada en el comercio ni en la industria, ya que las clases acomodada preferían la carrera de las armas o la vida política²².

En cuanto a la percepción que tenían los propios empresarios o líderes del gremio sobre su limitada capacidad de gestión como característica grupal, es posible encontrar interesantes alusiones al respecto. Román Spech, uno de los primeros consejeros que tuvo la Sociedad de Fomento Fabril, sostenía que los grandes problemas que impedían el desarrollo industrial no se vinculaban a problemas financieros como falta de capitales y subidos intereses; tampoco pensaba que las limitaciones de los obreros o la vigencia de doctrinas librecambistas imponían trabas a su progreso. En su visión, la causa determinante del atraso industrial está en la inexistencia de espíritu de empresa, debido a la falta de educación industrial²³. Guillermo Puelma Tupper, otro miembro importante de la SOFOFA, que destacó como político, educador y publicista, se mostró, a su vez, muy crítico con la actitud empresarial de los chilenos. Descendiente de británicos por vía materna, tuvo la posibilidad de educarse en Europa y conocer la realidad de una sociedad que lo influenció fuertemente en su formación positivista liberal, y que lo orientó en su quehacer público. Criticó la educación que se le daba a los jóvenes chilenos, orientada al humanismo y a la empleomanía, sin conocimientos prácticos y científicos, lo que, a su juicio, redundaba en que no tuvieran conocimientos posibles de aplicar a la industria y a la vida²⁴.

A fines del siglo pasado, un editorialista afirmaba que una de las razones que explicaba la existencia de espíritu empresarial entre los norteamericanos estaba en que estos se habían enfrentado a un clima riguroso y variable que los obligó a crear posibilidades productivas, a diferencia de América del Sur, en donde la existencia de “una eterna primavera” posibilitó obtener con poco trabajo lo necesario para la subsistencia, por lo cual no se sentía la necesidad

²² W.H. Koebel, *Modern Chile*, Londres, 1913, cap. II.

²³ Román Spech, “La Industria Fabril en Chile. Estudios Complementarios”, *Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril*, 1884, p. 8.

²⁴ Guillermo Puelma Tupper, Comentario del libro “El Porvenir de los Emigrantes Europeos” de Louis Dorte, en: *Boletín de la Sociedad de Fomento Fábri*, 1884, p. 83.

de crear industrias. El autor concluye que entre las causas más relevantes que han tenido las naciones sudamericanas para retardar su progreso industrial, además de la ausencia de capitales, estaba la falta de protección gubernamental; la ausencia de necesidad urgente de trabajar para vivir y la empleomanía: “el poco o casi ningún espíritu de empresa”²⁵. En 1909, el principal matutino de Santiago aplaudía la labor desarrollada por la SOFOFA, institución que no solo se concentraba en lo estrictamente fabril sino que también se dirigía a otras áreas de interés para el desarrollo nacional. Se señalaba en especial la preocupación por la educación de los obreros a través de 15 escuelas de enseñanza técnico-industrial. Opinaba que faltaba la formación de patrones industriales por vía de incorporar la enseñanza técnico industrial en la enseñanza fiscal²⁶.

En todo caso, importa consignar que la autocrítica respecto a la ausencia de capacidad empresarial en ningún caso era un tema central entre los empresarios como sí lo era su queja por la falta de colaboración gubernamental, lo cual de alguna manera revelaba la ausencia de influencia real que el grupo tenía en el ámbito político. Como “burguesía” era tan solo un pequeño grupo emergente sin mayor presencia en la estructura de la sociedad. Sobre el particular es reveladora la opinión de un industrial sobre la oligarquía nacional en la década de 1870, al afirmar que “lo que asesina, postra y aniquila la industria en Chile es el indiferentismo de los gobiernos y las preocupaciones de la aristocracia colonial que desprecia el trabajo de los chilenos y quita a los obreros el pan de sus familias”²⁷. Esta expresión de descontento hacia las autoridades gubernamentales es constante de parte del gremio empresarial, y manifiesta en su perenne solicitud de mayores medidas protectoras. Cabe consignar que en 1875 se constituyó la Sociedad Industrial, institución que mantuvo por cerca de dos años la publicación de “La Industria Chilena”, en donde hicieron saber todas sus inquietudes, sobre todo aquellas referentes a su malestar con la posición gubernamental que no incluía en sus políticas una clara preocupación por el desarrollo industrial del país. Específicamente mostraron interés por modificar el arancel aduanero, procurando mayores beneficios para la importación de materias primas. El grupo de industriales que pertenecía a

²⁵ N.N. “El Espíritu de Empresa en las Repúblicas Sud-Americanas”, en: *Revista de Industrias e Invenciones Nuevas Universales*, año IV, N°4 (abril 1895), p. 86.

²⁶ Adrian Palomino, “Enseñanza Económica Industrial”, *El Mercurio* de Santiago, 25 de marzo de 1909.

²⁷ “Carta a los Industriales de Valparaíso”, en: *La Industria Chilena*, 11 de septiembre 1876, p. 179.

esta institución mostró una actitud política liberal y muy crítica a la situación que vivía el país en ese entonces. Frente a la elección de diputados en 1876 señalaban como un serio problema la dificultad que existía para hacer llegar al Congreso las reales inquietudes del país, debido a la incapacidad de los políticos, quienes “no eran elegidos por su inteligencia, conocimientos, virtud y actividades, sino por otros motivos tales como: sus conexiones familiares y riqueza”²⁸.

La propia “Sociedad Industrial” estableció en forma implícita las limitaciones existentes en el medio nacional en cuanto a capacidad obrera al declarar, en sus estatutos, como una de sus tareas: “traer maestros de industrias que no existen en el país, contratados para que las enseñen entre nuestros nacionales”²⁹.

Las limitaciones, en el caso de los operarios, comúnmente las hacen notar los mismos industriales, sobre todo los empresarios extranjeros. Ricardo Lever, empresario británico, menciona en una entrevista como una de las causas del atraso industrial, la falta de hábitos de trabajo, moralidad y carencia absoluta de educación industrial por parte de los trabajadores³⁰. En el mismo sentido apunta uno de los socios de Brower, Hardie & Cía, al remarcar la falta de conocimientos técnicos y de responsabilidad laboral de que hacían gala los obreros chilenos. Una editorial de “The Chilean Times”, cuestionando ciertas críticas a las políticas económicas imperantes, indicaba como una carencia importante la ausencia de capacitación laboral por parte de la clase obrera. A juicio del periódico británico “Chile es un país excepcionalmente bueno para los hombres de trabajo y la dificultad no está en encontrar trabajo para los hombres sino más bien hombres para el trabajo”³¹.

Hacia 1898, Julio Wolters, Encargado de Negocios de Bélgica, en un informe sobre la industria nacional, hacía interesantes comentarios sobre las posibilidades de ese sector industrial. Insistía en la necesidad de medidas protectoras y la atracción de capitales extranjeros, agregando que la población presentaba buenas cualidades laborales como robustez e inteligencia, sin embargo faltaba la constancia y prevalecía un fuerte consumo de alcohol, por lo

²⁸ “Editorial” en Revista *La Industria Chilena*, año 1, N°31 y N°32. Cit. en Bárbara de Vos, *El Surgimiento del Paradigma Industrializador en Chile (1875.1900)*, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 1999, p. 48.

²⁹ Cit. en Barbara de Vos, *op. cit.*, p. 50.

³⁰ Julio Pérez Canto, *La Industria Nacional*, Imprenta Nacional, Santiago, 1891, p.7.

³¹ Editorial, *The Chilian Times*, Valparaíso, enero 27 de 1877.

cual recomendaba la necesidad de atraer obreros extranjeros en los proyectos de nuevas industrias³².

Destacadas figuras públicas de la época coincidían en tales apreciaciones, como por ejemplo, Zorobabel Rodríguez, haciendo notar que invariablemente los cargos de mayor responsabilidad e importancia entre los trabajadores eran ocupados por extranjeros, hecho observable a lo largo de todo el país³³. En el mismo medio de expresión, otra importante personalidad, Félix Vicuña, se refería a la falta de hábitos de trabajo, moralidad y carencia absoluta de educación industrial que caracterizaba al trabajador nacional³⁴.

Un trabajo de reciente aparición se refiere a la preocupación por el desarrollo industrial que se comienza a manifestar a fines del siglo XIX. La autora señala que en el último cuarto del siglo se advierte el surgimiento del paradigma industrializador en el país. La aparición de organizaciones gremiales, ciertas medidas gubernamentales y algunas preocupaciones de sectores dirigentes así lo expresarían, empero, no habría logrado un consenso necesario que involucrara en el grado apropiado a los diversos sectores socio-políticos más influyentes, ya que “la elite fue consciente de que la transformación de la economía implicaba, a la larga, la destrucción de las bases en que se sustentaba su poder. Por tanto, incorporaron el paradigma en forma incompleta y no incursionaron en los componentes fundamentales de la modernidad”³⁵.

Los historiadores de la primera mitad del siglo

Bien sabemos que la historiografía de comienzos de este siglo se concentró preferentemente en la temática política y, por el contrario, los temas sociales y económicos tuvieron un tratamiento muy marginal y global. En lo que se refiere al desarrollo de la industrialización podemos mencionar tres autores que mostraron especial interés por ese proceso. Pedro Luis González, Oscar

³² Julio Wolters, “Informe sobre la Industria Nacional” (Reseña), en: *Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril*, 1898, p.182.

³³ Zorobabel Rodríguez, “De Nuestra Inferioridad Económica”, en: *REVISTA ECONÓMICA*, año I, N°2, (1886), p. 68.

³⁴ Félix Vicuña “Situación Económica”, en: *REVISTA ECONÓMICA*, año I, N°1 (1886), p. 19.

³⁵ Bárbara de Vos Eyzaguirre, *El Surgimiento del Paradigma Industrializador en Chile (1875-1900)*, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 1999.

Alvarez y Aurelio Montenegro destacaron como excepciones, y aunque sus trabajos fueron más bien de índole descriptiva permiten, al menos, aproximarnos a las características que mostró la industrialización nacional en su etapa emergente. Los tres fueron abogados que ejercieron como tales y por lo tanto sus trabajos de investigación histórica constituían parte de sus intereses como profesores universitarios o como requerimiento para la obtención de la licencia profesional, como es el caso de A. Montenegro.

Pedro Luis González publicó, por más de veinte años, numerosos artículos en el Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril, referentes a problemas de desarrollo industrial y a situaciones propias de la economía nacional³⁶. Son múltiples los temas que tocó el autor a través de los años que actuó como redactor o columnista en el órgano oficial de la SOFOFA. Su defensa de una política proteccionista de parte del Estado fue constante. Entre las medidas más importantes consideraba la existencia de aranceles aduaneros que impidieran las importaciones, sobre todo de artículos suntuarios o de productos que se elaboraban en el país, porque la situación vigente, además de mermar la capitalización nacional e incrementar la deuda externa, no estimulaba la naciente industria nacional. En este sentido, las medidas proteccionistas debían constituirse en un conjunto de disposiciones que iban más allá de lo propiamente tributario o aduanero. Se pensaba en privilegiar los productos nacionales en las adquisiciones estatales; desarrollar la educación técnica; mejorar las vías de comunicación; atraer capitales foráneos; facilitar la constitución de empresas, entre las más destacadas³⁷.

Para González, el país era muy rico en materias primas y recursos energéticos, empero faltaban “capitales, empresarios inteligentes y obreros preparados”. Pensaba que una efectiva labor estatal pondría atajo a los inconvenientes. Frente a coyunturas quejas de parte de los empresarios por falta de mano

³⁶ P. L. González ejerció como abogado de sociedades comerciales, industriales y seguros. Fue Vicepresidente de la Cia. de Seguros “La Industrial”, profesor universitario. Se destacó por su activa participación en la SOFOFA, en donde ocupó diversas responsabilidades como editor, organizador de la Exposición de Industrias Nacionales de 1922 y otros cargos representativos que le significaron la nominación de Consejero Honorario de la institución. De los trabajos publicados podemos mencionar: *El Esfuerzo Nacional. Estudio de la Política Industrial. Reseña de las Industrias Nacionales*, Soc. Imp. y Lit. Universo, Santiago, 1916 (en colaboración con Cesar Silva Cortés y Enrique Gajardo Cruzat); *Chile. Breves Noticias de sus Industrias*, Soc. Imp. y Lit. Universo, Santiago 1920; *Album Gráfico e Histórico de la Sociedad de Fomento Fabril y de la Industria Nacional*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1926, (en colaboración con Miguel Soto Nuñez).

³⁷ P.L. González, “Medios de Fomentar la Producción Nacional”, en: *Boletín de la SOFOFA*, p. 3.

de obra, estimaba que eran tres las causas que determinaban esa situación: alcoholismo, falta de aprendizaje y elevada tasa de mortalidad. Recomendaba la clausura de las cantinas los fines de semana y la reducción de esos establecimientos próximos a las fábricas. Para evitar la mortalidad criticaba las condiciones higiénicas en que se encontraba la población obrera, que los hacía fácil presa de epidemias y todo tipo de enfermedades infecciosas. Por otro lado postulaba una mayor incorporación tecnológica y la inmigración de mano de obra capacitada³⁸.

Su percepción sobre la clase política era de absoluta incredulidad y se mostraba muy crítico frente al aparato estatal, al que calificaba de excesivamente numeroso y plagado de funcionarios ineficientes, con reducido horario de trabajo, tramitadores y faltos de preparación técnica³⁹.

Los planteamientos de González son muy representativos de los intereses de la emergente “clase empresarial” de comienzos de siglo. Podríamos decir que fue una suerte de “vocero oficioso” de los empresarios. Por otro lado, una recopilación de sus artículos permite seguir las variadas y complejas vicisitudes que afectaban a la industria nacional en su desarrollo durante los primeros años de este siglo. Las crisis económicas internacionales, conflictos bélicos, problemas monetarios, terremotos, cambios de gobierno, u otros factores modificatorios de la situación van siendo analizados por González, con relación al impacto que provocan en el sector industrial.

Oscar Alvarez Andrews, con su trabajo ganador en el certamen del cincuentenario de la SOFOFA traza un estudio narrativo sobre la evolución industrial de Chile desde la época colonial hasta 1935⁴⁰. Alvarez fue abogado y también ejerció como docente en la Escuela de Artes y Oficios y la Universidad de Chile, desempeñando, asimismo, importantes cargos en la administración pública⁴¹. El análisis que hace el autor sobre la situación industrial del país es bastante crítico, por las limitaciones que percibe en el rol jugado, ya sea por el Estado, como por la población en general.

³⁸ P.L.González, “El Año Industrial de 1913”, en: *Boletín de la SOFOFA*, 1913, pp.20-21.

³⁹ P. L. González, “Los Gastos Públicos”, en: *Boletín de la SOFOFA*, 1921, p. 477.

⁴⁰ Oscar Alvarez Andrews, *Historia del Desarrollo Industrial de Chile*, Imp. y Lit. La Ilustración, Santiago, 1936. Obra ganadora del primer premio en el Certamen del Cincuentenario e la SOFOFA realizado en octubre de 1933.

⁴¹ Empresa Periodística “Chile” (Editores), *Diccionario Biográfico de Chile*, Soc Imp. y Lit. Universo, Santiago, 1936, p. 31. Entre los cargos que ocupó podemos mencionar: Subsecretario del Ministerio del Trabajo, Subsecretario de Salubridad, Relator del Tribunal de Alzada del Trabajo, Fiscal de la Junta Clasificadora de Empleados y Obreros, Abogado del Departamento de la Habitación.

Refiriéndose al período 1810-1860 observa que es allí donde más se advierte la falta de espíritu capitalista de nuestros connacionales, ya que se descubrieron grandes riquezas pero se explotaron en forma rudimentaria, lo que hizo inevitable la penetración de capitales extranjeros. Desde este momento se manifestaron, siguiendo al autor, la falta de criterio industrial, de espíritu de empresa y de capitales nacionales⁴². A esto se sumó una desorientación completa de los gobiernos en materia económica. No existían proyectos coherentes y permanentes: “Los ministros de Hacienda se contradecían unos a otros y a veces a sí mismos”. El progreso que el país experimentó durante aquel período se debió fundamentalmente a factores extraños al gobierno mismo, como ser el desarrollo demográfico, los avances tecnológicos, los nuevos mercados, el aumento de la cultura, etc.

Atacó vigorosamente a los sistemas educacionales por su acendrada tendencia a la formación humanista, en desmedro de la educación técnica, lo que conducía a la falta de criterios económicos y mentalidad capitalista en la población en general. Calificaba a los chilenos como perezosos para pensar y actuar, fatalistas risueños e inconstantes.

Junto a la necesidad de una mayor cultura industrial, Alvarez anotaba que se adolecía de falta de criterio industrial o espíritu de empresa: “Somos reacios por naturaleza a formar sociedades, compañías industriales, y a compartir ganancias y pérdidas, somos reacios a arriesgar capitales y preferimos invertir nuestro dinero en bonos y acciones o en propiedades que nos den una renta módica pero segura, a tentar suerte en empresas industriales nuevas; somos en fin reacios a toda innovación en maquinarias y métodos de trabajo. En una palabra tenemos una mentalidad casi a-capitalista”⁴³.

En cuanto a la gestión política, sostenía que si bien era cierto que la desorientación económica de los gobiernos presidencialistas previos a la revolución de 1891 fueron nefastos para el proceso de industrialización, los posteriores fueron aún peores. Los logros obtenidos en ese sector habrían sido consecuencia del progreso general de las industrias en el resto del mundo y del desarrollo del capitalismo extranjero en el país, pero en ningún caso el resultado de iniciativas gubernamentales⁴⁴.

En 1947 apareció el trabajo de Aurelio Montenegro, inserto en un plan de investigaciones de la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales de la

⁴² O. Alvarez A, *op. cit.*, p. 113.

⁴³ *Ibíd.*, p. 21.

⁴⁴ *Ibíd.*, p.228.

Universidad de Chile. Se trata de una tesis elaborada para cumplir con las exigencias establecidas en la licenciatura conducente al título de abogado⁴⁵. Se podría decir, en líneas generales, que Montenegro sigue los planteamientos de Alvarez en cuanto a percibir una falta de espíritu empresarial y de capitales como factores importantes en el desarrollo industrial nacional.

Montenegro, siguiendo a Miguel L. Amunátegui, describe la sociedad tradicional como típicamente agraria, retrógrada, paternalista y conservadora en toda la amplitud del término. Durante el siglo XIX, a esa clase social con ribetes de nobleza y espíritu feudal se le unió “una burguesía urbana”, vinculada a las actividades comerciales e industriales con posiciones ideológicas liberales. El desarrollo del nuevo grupo social fue marcando el grado de evolución del sector industrial⁴⁶.

Sugiere que dichas tendencias conformaron las dos líneas políticas que se advierten en la estructura política del país durante el siglo XIX, expresada en las posiciones liberal y conservadora; los dos grupos que habrían constituido la base de nuestra evolución social “y si en verdad, en el plano político e ideológico sus diferencias eran irreductibles, desde el punto de vista económico-social, ambas tendencias no tenían diferencias fundamentales”⁴⁷.

En esa perspectiva y desconociendo la labor estatal, Montenegro comenta que luego del triunfo de los liberales en 1861 se abrirá una nueva posibilidad de desarrollo para la industria que había estado ahogada por el autoritarismo precedente; situación que se incrementa luego de la revolución de 1891: “Termina una era y empieza otra, en la vida industrial y económica del país. Las fábricas y manufacturas empiezan a desenvolverse acondicionadas por nuevos factores que germinan en la sociedad. El desarrollo industrial, toma una fisonomía diferente a la del período anterior. Ya su importancia es mayor. Su producción es de un volumen más crecido y la clase obrera, que ha nacido con el andar de sus máquinas, empieza a hacer sentir su influencia en todas las esferas nacionales. El país camina hacia la era industrial y capitalista”⁴⁸.

Cree que a comienzos de la década de 1920 la industria ya está asentada sobre bases más o menos firmes y que ya es importante a nivel nacional,

⁴⁵ Aurelio Montenegro Gutiérrez, *Estudio General de la Industria Fabril de Chile*, Colección de Estudios de Economía Chilena patrocinada y dirigida por el Seminario de Ciencias Económicas de la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile, Santiago, 1947.

⁴⁶ *Ibídem*, p. 60.

⁴⁷ *Ibídem*, p. 61.

⁴⁸ *Ibídem*, p. 64.

siendo fundamental la labor de los migrantes, especialmente los españoles e italianos; señala que “el chileno propiamente tal, forzoso es decirlo, aparece casi siempre ausente de estas actividades”⁴⁹.

En la opinión de los autores considerados para la primera mitad del siglo podemos encontrar varios elementos comunes. Si bien desconocemos posibles vinculaciones entre ellos, se nota una coincidencia de percepciones en sus ideas y posiciones. Los postulados de Encina se reiteran en todos ellos: el rechazo de la gestión estatal y la visión de una sociedad carente de condiciones empresariales como resultado de la ausencia de educación técnico-profesional, que no es sino la consecuencia de un conjunto de valores propios de la sociedad hispano-colonial. Todos ellos son abogados dedicados a su profesión lo que evidencia la ausencia de especialistas en economía o dedicados a la historia económica y vinculados a la vida académica.

Los historiadores marxistas

Durante la década de 1950 apareció un conjunto de obras interpretativas de gran difusión posterior como sustento ideológico de los movimientos políticos de izquierda. Si bien es cierto que el desarrollo historiográfico marxista se concentró especialmente en los movimientos obreros, el marco interpretativo marxista del proceso económico nacional que desconoce un desarrollo industrial, explica que ese sector no aparezca en los trabajos. Por el contrario, la existencia de un sistema imperialista en base a la explotación del salitre por parte de los británicos frustró toda posibilidad de desarrollo de una burguesía nacional. Este grupo de historiadores evidenció un dogmatismo ideológico e intelectual que impidió análisis más profundos, pluralista y menos sesgado que lo que les permitía su esquema teórico, pero debe reconocerse que abrieron una posibilidad de darle a la historia económica una posición más protagónica en el plano de la interpretación de la historia nacional, hasta entonces enclaustrada en lo político. Fue tal la fuerza de la presencia marxista en la historia económica que prácticamente la única perspectiva que emergía de esa línea histórica era la que ellos planteaban, de tal modo que se estableció una suerte de sinonimia, determinando que quien se dedicaba a la historia económica necesariamente tenía un planteamiento marxista.

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 73.

Para los marxistas, el punto de inflexión del quiebre del proceso histórico nacional lo marca la derrota de J. M. Balmaceda en la revolución de 1891. A partir de este momento se entroniza el capitalismo británico que impone al país un régimen de factoría, centrado en la explotación del salitre y la importación de productos manufacturados que inhibirán toda posibilidad de desarrollo industrial nacional. Para todos esos autores, el proyecto de Balmaceda era modernizante, progresista, antiimperialista y antioligárquico. El triunfo del imperialismo eliminó la facción burguesa nacional y campearon como actores la fuerza imperialista y la evolución del proletariado que habría de ser la alternativa instrumental capaz de oponérsele⁵⁰.

Hernán Ramírez N., académico de la Universidad de Chile ha sido sin duda el más importante representante de ese grupo de historiadores. A través de diversas obras planteó la visión que ejercería una perceptible influencia en los estudios posteriores de jóvenes historiadores sensibles a sus posiciones interpretativas. Sin duda que en todo ese proceso influyó fuertemente el curso de los acontecimientos políticos nacionales, como también circunstancias externas, y muy fundamentalmente la revolución cubana que emergió como un hecho paradigmático para ellos. Ramírez sostiene que durante todo el siglo pasado el país experimentó un impresionante desarrollo pero al mismo tiempo iba emergiendo, en forma paralela y creciente, un fuerte proceso de dependencia del capitalismo británico⁵¹. Y si bien existieron fuerzas contrarias a la presencia foránea, representadas por grupos perjudicados con su presencia, como por ejemplo grupos nacionalistas que propiciaban mayor proteccionismo para impulsar la industria, fueron muy débiles e incipientes⁵². De acuerdo con Ramírez “los efectos del monopolio británico sobre la industria minera impidió que la acumulación de capitales adquiriera en Chile mayor magnitud... El carácter productor de materias primas obstruyó en sus comienzos la posibilidad que prosperara un capitalismo industrial”. Agrega además que hacia fines del siglo XIX gran parte de las industrias se originaron por iniciativa de extranjeros, especialmente migrantes alemanes y franceses⁵³.

⁵⁰ Luis Ortega, “Historia Empresarial en Chile, 1850-1945; El Estado de la Literatura”, en: Carlos L. de Guevara (compilador), *Empresa e Historia en América Latina. Un Balance Historiográfico*, TM Editores-COLCIENCIA, Bogotá, 1996, p. 64.

⁵¹ Hernán Ramírez Necochea, *Historia del Imperialismo en Chile*, Empresa Editora Austral Ltda., Santiago 1960, p.94.

⁵² *Ibidem*, p. 96.

⁵³ Hernán Ramírez Necochea, *Historia del Movimiento Obrero en Chile. Antecedentes. Siglo XIX*, Ediciones LAR (segunda edición), Santiago, 1986, p. 41.

Julio César Jobet ha destacado como historiador y como uno de los más importantes ideólogos del Partido Socialista chileno; partido con el cual se identificó desde sus inicios. Jobet realizó un trabajo con características de ensayo, donde analiza el desarrollo socioeconómico nacional desde el siglo XIX, período que caracteriza como austero, con sentido de responsabilidad y sobriedad, hasta mediados del XX, donde no ve sino corrupción, mediocridad, compadrazgo, oportunismo y decadencia moral⁵⁴. Para este autor la industria nacional se ve muy limitada como consecuencia de la concurrencia de diversos factores: baja productividad con costos de producción elevados; escasas inversiones en tecnología; alta dependencia de materias primas importadas; bajo nivel de competencia interna, como consecuencia de la protección aduanera; mercado interno reducido y bajo poder adquisitivo. Toda esa situación no es sino la resultante de las condiciones que impone el sistema: “Si el gran capital ha creado las industrias extractivas, no permite, sin embargo, un desarrollo industrial del país, puesto que nos considera y mantiene siempre como mercado de materias primas y en tal caso las industrias están en el país de origen, de donde luego parten al nuestro, que es a la vez mercado de venta, de los productos manufacturados. En tal forma impide toda posibilidad de verdadero desarrollo industrial, puesto que desenvuelve sólo las fuerzas productivas que le conviene y no todas las que podría desarrollar. Empobrece al país e impide que se formen grandes capitales, a causa de la exportación de las utilidades del trabajo de los nacionales, con lo que el país no se puede desarrollar económicamente en la escala que necesita. Se puede afirmar entonces que es condición previa, para un desarrollo industrial verdadero y armónico, la eliminación de esta explotación”⁵⁵.

Refiriéndose a los migrantes de mediados del siglo XIX hace notar que a pesar de ser poco numerosos habían incorporado elementos europeos valiosos y progresistas a la economía nacional⁵⁶. En cuanto a las condiciones técnicas de los obreros lamenta su baja capacitación, lo cual atribuye a las falencias del sistema educacional que no contempla la capacitación económica y técnica⁵⁷.

⁵⁴ Julio César Jobet, *Ensayo Crítico del Desarrollo Económico-Social de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago 1955, p. 229.

⁵⁵ *Ibídem*, p. 220.

⁵⁶ *Ibídem*, p. 42.

⁵⁷ *Ibídem*, p. 225.

Otro historiador que destacó a mediados de siglo, y que se mostró muy crítico con Ramírez y Jobet, fue Marcelo Segall⁵⁸. Este autor no reconoce la existencia de industria fabril y solo advierte la existencia de una pequeña “burguesía industrial” en aquel grupo representado por los mineros⁵⁹. La incipiente industria metalmecánica la ve vinculada solo al desarrollo minero y abortada luego de la caída de Balmaceda, a quien identifica como un gobernante creador y representante del naciente capitalismo industrial chileno. Al desaparecer solo quedó un régimen parlamentario, en lo político, y una deformación económica: “La etapa independiente de la economía de Chile había terminado”⁶⁰.

En 1968 apareció una interpretación marxista de la economía nacional de José Cademátori, militante comunista que durante el gobierno de la Unidad Popular ocupará el cargo de ministro de Economía. El autor, manteniendo la interpretación clásica de los marxistas, omite la existencia de un proceso de industrialización a partir de los efectos del enclave establecido por la explotación salitrera. Hace notar que si bien hubo urbanización, esta no se debió al desarrollo industrial, sino al de servicios y comercio, apareciendo un mercado consumidor de productos industriales pero sin generar una industrial local⁶¹.

Finalmente Luis Vitale, uno de los más prolíficos autores marxistas, con casi cincuenta libros y más de un centenar de artículos publicados, ha estado escribiendo desde 1967 una interpretación marxista de la historia de Chile, lleva hasta el momento 5 tomos que abarcan desde las culturas precolombinas hasta 1932. La visión de Vitale es menos dogmática que sus antecesores e

⁵⁸ En cuanto a Ramírez y su obra *La Guerra Civil de 1891*, sostiene que es un trabajo que no corresponde a la concepción marxista “ni tampoco a la historia informada, simple y corriente. Para ella, en la época de Balmaceda no existen ni la producción ni la reproducción, ni el proletariado, ni la burguesía, ni el capital ni las huelgas. Sólo existen: dos esferas sociales chilenas regresivas: el latifundio y los bancos, ligadas a una fuerza económica extranjera, el imperialismo, con su derivado, el soborno”. Respecto a Jobet critica su conceptualización equivocada por no corresponder, en su perspectiva al análisis marxista, como por ejemplo, identificar la guerra civil como revolución y hablar de semifeudalismo en Chile por el hecho de no existir un proceso de industrialización. Finalmente señala que es “un error creer en el valor materialista dialéctico, vale decir histórico científico” de los trabajos de estos autores, en: Marcelo Segall, *Desarrollo del Capitalismo en Chile*. Cinco Ensayos, Editorial del Pacífico, Santiago, 1953, pp. 250-257.

⁵⁹ *Ibíd.*, p.25.

⁶⁰ *Ibíd.*, pág. 241.

⁶¹ José Cademátori, *La Economía Chilena*, Editorial Universitaria (segunda edición), Santiago, 1971, p. 117.

incluso plantea una interpretación sobre el tema bastante renovadora en el contexto de las investigaciones existentes hasta el momento, al sostener que el proceso de sustitución de importaciones se inició en Chile como consecuencia de la declaración de la I Guerra Mundial y no luego de la crisis de 1929. Sin duda esta posición se explica por aparecer su publicación, para el período en cuestión, durante la década de 1990 cuando ya ese planteamiento había sido propuesto. Empero, explica que la evolución industrial fue muy asincrónica, ya que mezcla establecimientos artesanales con industrias que concentran un importante número de trabajadores y con un significativo desarrollo técnico. En todo caso, la capacidad industrial nacional nunca permitió satisfacer la demanda interna y siempre debió recurrir al abastecimiento externo⁶².

Respecto a la procedencia de capitales que concurrieron a desarrollar la industria los había de dos fuentes: inmigrantes europeos y burguesía agraria y financiera nacional que diversificaron sus inversiones al advertir mejores posibilidades que el sector agrícola. Esta alianza económica habría permitido también una vinculación política. Ese sector quedó al margen de los intereses imperialistas, porque estos se concentraron exclusivamente en la minería⁶³.

En el plano político, Vitale expresa que en el sector de terratenientes surgió un grupo capitalista que se transformó en burguesía agraria y que se mantuvo vinculado al poder político a diferencia de los terratenientes que fueron quedando más alejados. Paralelo a ese fenómeno de crisis de la aristocracia tradicional se produjo la aparición de nuevos grupos burgueses: “Lo más relevante fue la emergencia de la burguesía industrial. A pesar de que entonces no tenía la fuerza suficiente para imponer su hegemonía en el bloque de poder capitalista, como iba a ocurrir en las décadas posteriores a 1940, la incipiente burguesía industrial fue imponiendo una fisonomía más moderna a la clase dominante chilena”⁶⁴.

⁶² Luis Vitale, *Interpretación Marxista de la Historia de Chile*, tomo V, LOM Ediciones, Santiago, 1993?, p. 64.

⁶³ *Ibidem*, p. 65.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 72.

Los cepalinos

Hacia mediados de siglo la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas, bajo la Secretaría Ejecutiva de Raúl Prebisch, desarrolló una interpretación del proceso de desarrollo del continente latinoamericano como también propuso un programa para promover su desarrollo. Los planteamientos económico-sociológicos de esta escuela, con un amplio respaldo académico tuvieron una fuerte influencia en diversos partidos emergentes de centro, vinculados a grupos mesocráticos y obreros que buscaban en el desarrollo estatal los mecanismos de protección y de proyección para sus aspiraciones. En general, la CEPAL se mostró muy crítica frente a los proyectos liberales sostenidos por economías monoproductoras de exportación que habían inhibido el desarrollo nacional, impidiendo el crecimiento interno al estimular la dependencia. Se podría afirmar que esta perspectiva fue la antesala de la “teoría de la dependencia”, tan en boga en la década de los setenta⁶⁵.

En Chile, el más destacado representante de esta posición ha sido Aníbal Pinto Santa Cruz, quien a través de diversas obras, pero fundamentalmente en su trabajo clásico *Chile Un Caso de Desarrollo Frustrado*, entrega los elementos básicos de interpretación para el caso chileno⁶⁶.

Para Pinto, Chile había tenido un perceptible desarrollo económico hasta la década de 1860, como resultado de acertadas políticas estatales y la existencia de una “falange admirable de pioneros”, los cuales por su espíritu de empresa compara con los pioneros llegados a los Estados Unidos de Norteamérica⁶⁷. Empero, todo empuje desapareció a fines del siglo, sobre todo, después de la Guerra del Pacífico, al abandonarse la riqueza salitrera a los inversionistas extranjeros. Se formaría entonces una burguesía sedicente, divorciada vitalmente de la creación económica. En perspectiva, la industria nacional solo pudo desarrollarse luego de la crisis de 1929 con políticas de desarrollo hacia adentro. Siguiendo a Encina, Pinto explica que hacía fines del siglo XIX, la casi totalidad de las industrias de alguna importancia estaban en poder de extranjeros y sus descendientes⁶⁸.

⁶⁵ L. Ortega, “Historia Empresarial en Chile...”, p. 60.

⁶⁶ Aníbal Pinto, *Chile, Un Caso de Desarrollo Frustrado*, Editorial Universitaria, Santiago, 1973 (tercera edición). Existe una cuarta edición realizada por la Universidad de Santiago, recientemente aparecida. Entre las otras obras referidas al tema podemos también mencionar: CEPAL (Aníbal Pinto redactor), *Antecedentes sobre el Desarrollo de la Economía Chilena*, Editorial del Pacífico, Santiago 1954; *Chile Una Economía Difícil*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1964.

⁶⁷ A. Pinto, *Chile un Caso...*, p.28.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 90.

Aníbal Pinto recoge con amplitud la interpretación sociológica de Encina en su contenido nacionalista. En cuanto al papel de la clase dirigente en la conducción política y sus realizaciones económicas, la identifica en todos sus aspectos negativos con las características propias de la oligarquía colonial. La concentración de la propiedad se contraponen a la ausencia de capital, equipos técnicos y capacidad empresarial. Se configura un escenario que impone las importaciones; limita la capacidad del mercado interno y evita una mejor distribución de los ingresos. Se trata de una oligarquía indolente, egoísta, concupiscente y con limitado interés por cambiar la situación prevaleciente.

La interpretación que hace Pinto de los pioneros sin duda que resulta exagerada tanto en la ponderación que le da como grupo representativo a lo que no fue sino un muy limitado y excepcional número de aventureros sino –al igual que Encina– que también sobrestima sus características y capacidades de gestión económica. Ante esta idealización, Mario Góngora plantearía a fines de la década de 1980 que en el espíritu empresarial que se creía ver en los llamados pioneros no existía “la austeridad y el espíritu de ahorro de los manufactureros de Manchester; se semejaban más bien a los conquistadores españoles del siglo XVI, a lo que llama Sombart capitalismo aventurero... No hay en ellos la conciencia de clase burguesa, antinobiliaria”⁶⁹.

Los economistas historiadores

Durante la primera mitad del siglo, la descalificación de la clase dirigente; la presencia capitalista extranjera; el prurito social por los productos foráneos; la persistencia de valores hispanos en contradicción con el quehacer empresarial; la falta de educación técnica; ausencia de identidad nacional, constituyeron el grueso de los argumentos que impedían aceptar la existencia de un sector industrial o, al menos, no la valoraban como expresión de la evolución socio-económica nacional. La fuerte influencia que en ese período ejercieron determinados autores como F.A. Encina es evidente. Se diseñó un marco de caracterización sociológica que estructuró un esquema analítico que hacía difícil otras aproximaciones. La ausencia de estadísticas confiables, la falta de un ambiente académico más riguroso, el poco interés por el tema y la aceptación de las explicaciones no permitían nuevas visiones.

⁶⁹ Mario Góngora, *Ensayo Histórico sobre la Noción de Estado en Chile en los Siglos XIX y XX*, Editorial Universitaria, Santiago, 1988, p. 92.

Al comenzar los años sesenta empezó a evidenciarse un cambio importante en los estudios sobre industrialización. Podríamos decir que se inició una etapa de investigaciones más rigurosas y menos ideológicas en sus estructuras teóricas. El uso de fuentes estadísticas y de metodologías analíticas más confiables fueron abriendo nuevas posibilidades de interpretación y de comprensión del pasado industrial chileno. Desde fines de la década de 1930, el desarrollo del aparato estatal, junto con su crecimiento, requirió una mayor profesionalización de su estructura, como se evidenció en el proyecto CORFO, permitiendo al mismo tiempo, un proceso destacable de desarrollo del ambiente académico en nuevos ámbitos. Tal es el caso de la Economía que abrió nuevas perspectivas como disciplina autónoma, puesto que a comienzos de siglo los estudios económicos universitarios estuvieron ligados a las Facultades de Ciencias Jurídicas, como también fue el caso de los estudios políticos. Así se abría la posibilidad de que algunos profesionales chilenos pudieran viajar al extranjero a fin de perfeccionarse en estudios de postgrado. Del mismo modo y especialmente a raíz de la revolución cubana, Latinoamérica en general se vio afectada por un verdadero boom en cuanto al interés de estudiosos norteamericanos por venir a realizar sus tesis de doctorado en nuestro continente. Esto se tradujo en que cientos de investigaciones mostraron una nueva perspectiva, desde el exterior, de nuestra realidad.

Uno de los primeros frutos de los estudios realizados por chilenos en el exterior es la tesis de doctorado de Ricardo Lagos en la Universidad de Duke⁷⁰. Este trabajo es una suerte de transición en cuanto a los cambios que irán experimentando las investigaciones posteriores. Si bien el autor integra una metodología nueva a base del empleo de series estadísticas y variadas fuentes cuantitativas, conserva también algunos elementos interpretativos; precedentes que él mismo explica como originados de la influencia ejercida por Aníbal Pinto. Lagos distingue cuatro períodos en la evolución histórica del proceso de industrialización. Los períodos primero (época colonial) y tercero (1860-1930) que denomina de crecimiento lento, segundo (1810-1860) y cuarto (1930-1957) de crecimiento rápido. En términos globales recoge los argumentos de Aníbal Pinto, sobre todo en cuanto a las frustraciones surgidas durante el siglo XIX. Al referirse a mediados de ese siglo sobrevalora la potencialidad de los factores humanos al afirmar que en esa época, como en ninguna otra de la historia “Chile presencié el ascenso de varios empresarios “schumpeterianos”

⁷⁰ Ricardo Lagos, *La Industria en Chile: Antecedentes Estructurales*, Instituto de Economía, Universidad de Chile, Santiago, 1966.

que, en número y calidad, son únicos en la historia económica del país”⁷¹. Sin embargo, los cambios en las políticas económicas, la aparición de la inflación y la ausencia de estos empresarios “schumpeterianos” provocó a fines del siglo un proceso de detención del crecimiento industrial⁷². Luego de 1908 advierte un repunte que se traduce en aumentos importantes en la producción de alimentos y textiles, especialmente estimuladas por la falta de abastecimiento luego de la I Guerra Mundial. Entre 1910 y 1926 se duplica la población ocupada en la industria. Es decir, para las décadas comprendidas entre 1910 y 1930 se nota un desarrollo industrial pero menor que en el período siguiente⁷³.

Como un caso excepcional de desarrollo, Lagos menciona la industria pesada establecida en Santiago, Antofagasta y especialmente en Valparaíso. En todo caso, se trataba de establecimientos que pertenecían mayoritariamente a extranjeros establecidos en el país y por lo tanto operaban como cualquier industrial nacional para abastecerse y para efectos tributarios⁷⁴.

En cuanto a las características de la clase dominante, acoge la tesis de Claudio Véliz en cuanto a la existencia de tres grupos de poder involucrados en el comercio internacional con intereses antagónicos en el desarrollo industrial. Los agricultores y los mineros exportadores, sumados a los comerciantes importadores constituían lo que Veliz denominó la “mesa de tres patas” de la economía nacional. Estos tres grupos eran librecambistas y su poder se extendía al ámbito político y social⁷⁵. Este esquema, siguiendo a Lagos, solo vino a terminar con la crisis de 1929 y el empleo del salitre sintético.

Para 1966 apareció, también como fruto de una tesis doctoral realizada en los Estados Unidos, el trabajo de Carlos Hurtado que planteó una nueva perspectiva analítica para el desarrollo económico de Chile y de la industria en particular. Este autor sostiene que el comportamiento de la economía nacional, durante la segunda mitad del siglo XIX, fue más dinámico de lo que se ha asegurado tradicionalmente y que el proceso de sustitución de importaciones se realizó antes de la crisis mundial de 1929.

⁷¹ *Ibidem*, p. 20. Menciona como ejemplos, citando a Encina, a José Santos Ossa, Tomás Urmeneta, Diego de Almeida y José Antonio Moreno.

⁷² *Ibidem*, p. 29.

⁷³ *Ibidem*, p. 32.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 27.

⁷⁵ Claudio Veliz, “La Mesa de Tres Patas”, en: *DESARROLLO ECONÓMICO*, (abril-septiembre), vol. 3, 1963.

La variable fundamental que utiliza Hurtado para demostrar sus afirmaciones es el crecimiento urbano, asumiendo que este fenómeno se produjo no como consecuencia de factores de expulsión sino, por el contrario, como el resultado de los múltiples factores de atracción que ha generado el medio urbano y entre los cuales se cuenta el crecimiento industrial. Para explicar el dinamismo de fines de siglo XIX señala tres factores: desarrollo de los ferrocarriles, incorporación de nuevos territorios y nuevos recursos y la inmigración europea. Sobre esto último hace notar que siendo escasa la migración a nuestro país se trataba de individuos con capacidad empresarial; extranjeros que con su espíritu dinámico habrían de dinamizar la actividad industrial y la economía en general, y se incorporaban a los estratos sociales altos de nuestra sociedad.

En cuanto al desarrollo industrial de comienzos de siglo, sostiene que se concentró en las empresas de mayor tamaño y especialmente en empresas que no eran tradicionales, como las de cerámica, vidriería, metales, textiles, vehículos y material de transporte, incidiendo positivamente en el aumento de la población activa en el sector⁷⁶. Las explicaciones que da Hurtado para ese desarrollo son varias: aumento del mercado interno; mejoramiento del sistema de transporte; creciente mecanización de la agricultura y minería que permitió la producción de insumos anteriormente importados, y medidas proteccionistas de 1897. Tales factores estimularon el crecimiento industrial y los múltiples servicios urbanos.

Casi veinte años después, el mismo autor en un nuevo trabajo, insiste sobre el dinamismo no reconocido a la economía chilena en la segunda mitad del siglo XIX, y se plantea la pregunta de donde surgen la fuentes básicas de ese dinamismo. En su respuesta sostiene que ellas fueron esencialmente externas.

“Los mercados que generaron nuestro desarrollo fueron ingleses y norteamericanos o minas nortinas que producían para exportar a esos mercados, las innovaciones tecnológicas que habrían de transformar nuestras posibilidades geográficas, en especial el ferrocarril que fue tan crucial, también vinieron de afuera con sus empresarios y técnicos; parte significativa del incremento en la producción provino de áreas incorporadas a nuestro Chile tradicional, tanto al Norte como al Sur; y, como si lo anterior fuera poco, en medida importante, los contingentes humanos que actuarían como agentes básicos de nuestra transformación fueron en proporción abrumadora extranjeros. Nuestra sociedad

⁷⁶ Carlos Hurtado Ruiz-Tagle, *Concentración de población y Desarrollo Económico. El Caso Chileno*, Instituto de Economía, Universidad de Chile, Santiago, 1966.

recibió todos estos cambios, los asimiló y se modificó profundamente con ellos, pero no los generó por su cuenta”⁷⁷.

Un tercer economista que figura en la década de 1960, con similares características a los anteriores, es Oscar Muñoz Gomá⁷⁸. Es además quien más se ha dedicado al tema de la industrialización y es, sin duda, en la actualidad, uno de sus expertos. En una primera publicación estableció la tesis de la existencia de un proceso de industrialización manifiesta luego de la I Guerra Mundial, planteamiento que mantendrá y reforzará en sus posteriores investigaciones. Entre los aspectos más relevantes que el autor propone para una más apropiada comprensión de la economía chilena, está la destacada importancia que otorga a la dimensión histórica y a la dimensión social de las decisiones económicas, dada la existencia de múltiples factores que interactúan en un amplio espectro constituido por diferentes actores. Entre estos “actores sociales”, sobresalen el sector empresarial y el Estado⁷⁹.

En cuanto a la clase empresarial, Muñoz postula que ella comienza a insinuarse como tal a fines del siglo XIX en diferentes sectores económicos. La aparición de la SOFOFA sería una manifestación de la acción o gestión del empresariado industrial emergente que cumpliría una labor precursora de políticas industriales posteriores y sobre todo “un instrumento de diálogo y concertación entre el sector privado y el Estado” en lo relacionado con el desarrollo industrial⁸⁰. Muñoz aclara que el concepto de empresario se refiere a aquellos individuos que por su creatividad, capacidad de visión, espíritu de aventura y riesgo, disciplina y austeridad, logran transformar su sociedad y para que ello ocurra deben constituirse en una “clase empresarial”, que no es lo mismo que un conjunto de empresarios exitosos, que es lo que en realidad existió en Chile a mediados de siglo XIX, con el denominado grupo de “pioneros” que realizaron importantes gestiones empresariales obteniendo buenos resultados económicos. La “clase empresarial” es un actor social “que crea opinión pública, y que es capaz de ejercer una influencia en las políticas

⁷⁷ Carlos Hurtado Ruiz-Tagle, “La Economía Chilena entre 1830 y 1930: Sus Limitaciones y sus Herencias”, en Colección *Estudios CIEPLAN* N°12 (1984), p. 54.

⁷⁸ Oscar Muñoz publicó en 1968 su tesis doctoral presentada en la Universidad de Yale *Crecimiento Industrial en Chile 1914-1965*. De las publicaciones más destacadas referidas a industrialización, podemos mencionar: “Estado e Industrialización en el Ciclo de Expansión del Salitre”, en *Estudios CIEPLAN* N°6, Santiago, 1977; *Chile y su Industrialización. Pasa-do, Crisis y Opciones*, CIEPLAN, Santiago, 1986.

⁷⁹ Oscar Muñoz, *Chile y su Industrialización...* p. 28.

⁸⁰ *Ibíd.*, p. 54.

públicas y en la orientación de la estructura de la economía. La formación de una clase empresarial es vital para que exista una respuesta nacional a las oportunidades que abre el sistema económico internacional”⁸¹. En cuanto a la composición del empresariado nacional lo describe como heterogéneo, constituido por inmigrantes, inversionistas extranjeros directos y sobre todo por capitalistas nacionales que lograron acumular fortuna en la minería, ferrocarriles, agricultura o en la especulación financiera⁸².

Una de las últimas tesis doctorales relacionadas con el tema que nos ocupa corresponde a Gabriel Palma, que pertenece a la generación de los profesionales que dejaron el país como consecuencia del golpe militar en 1973⁸³. Su planteamiento básico se refiere a que la I Guerra Mundial fue la que originó el proceso de transición hacia la sustitución de importaciones, y que se intensificó con la crisis de 1939. Por consiguiente, “las dos décadas posteriores al inicio de la Primera Guerra Mundial deben ser analizadas como una unidad”⁸⁴.

Palma sostiene que al iniciarse el conflicto bélico, Chile poseía una industria relativamente avanzada en el contexto latinoamericano, circunstancia que facilitó que el sector industrial asumiera el rol de “motor” del crecimiento económico local, en reemplazo del sector exportador⁸⁵. Por lo demás, en términos de efectos para la economía chilena, la I Guerra Mundial impactó negativamente en las importaciones, a diferencia de la crisis de 1929 que lo hizo también en las exportaciones. Considera que la característica esencial que adoptó la transición iniciada luego de la guerra fue la diversificación y autonomía de la producción local respecto de la inestabilidad mostrada por la economía internacional. Esto se tradujo en que entre 1914 y 1925 la participación de la producción local en la oferta interna subió del 51% al 66%, traducible en un incremento del 80% al 85% en el mercado de bienes de consumo corriente y del 17% al 35% en el mercado de bienes de consumo durable, insumos intermedios y bienes de capital⁸⁶.

⁸¹ *Ibídem*, p. 53.

⁸² *Ibídem*, p. 55.

⁸³ Gabriel Palma, *Growth and Structure of Chilean manufacturing Industry from 1830 to 1935*. Tesis doctoral presentada en la Universidad de Oxford, 1979.

⁸⁴ Gabriel Palma, “Chile 1914-1935: De Economía Exportadora a Sustitutiva de Importaciones”, en: *NUEVA HISTORIA*, N°7, Londres, 1982, p. 187.

⁸⁵ *Ibídem*, p.186.

⁸⁶ *Ibídem*, p.175.

Posteriormente Jorge Marshall R., en su tesis doctoral, insiste en los planteamientos de Palma, sosteniendo que la industria manufacturera crece en más de un 5% al año entre 1913 y 1929, afectando positivamente al resto de la economía⁸⁷.

De entre los economistas extranjeros hemos seleccionado a dos: Henry Kirsch y Markos Mamalakis. El primero realizó su tesis sobre el tema de la industrialización para posteriormente dedicarse a temas netamente económicos como especialista de un organismo internacional establecido en Chile. Mamalakis es uno de los economistas extranjeros más interesados en los procesos económicos de Chile y ha mantenido una constante vinculación con nuestro país a través de sus investigaciones y visitas académicas.

Por su parte, Henry W. Kirsch asegura que el proceso de industrialización se inició en la década de 1880 y tuvo como estímulo fundamental la Guerra del Pacífico. Considerando las tasas de crecimiento, diversificación de la producción, sistemáticas vinculaciones con su propio sector, integración con el resto de la economía y avance tecnológico, la industria chilena experimentó una considerable expansión y progreso durante el período 1880-1914. Sin embargo, hace algunas consideraciones en cuanto al alto grado de dependencia que la industria tenía respecto de las fluctuaciones del sector externo, ya que operaba en función del comercio de exportación y de la capacidad de importación de materias primas y tecnología. Hace notar que esas características de dependencia externa se proyectaban más allá del ámbito económico, manifestándose en la identidad y conducta de la elite⁸⁸. En la actitud de la clase dirigente concentra finalmente la mayor responsabilidad de las limitaciones en el desarrollo económico, por cuanto no existiría una capacidad de incorporación y adaptación de los procesos externos a las propias necesidades, por modo de dirigir la dependencia y transformarla en un instrumento para su propio desarrollo⁸⁹.

Kirsch sostiene que la industria chilena no se constituyó en un polo de desarrollo. Una de sus limitaciones la constituía la mentalidad de la elite nacional dominada por los valores propios de una sociedad rural. Su inserción

⁸⁷ Jorge Marshall Rivera, "Economics of Stagnation. Analysis of the Chilean Experience 1914-1970" tesis de doctorado de la U. de Harvard. cit. en Oscar Muñoz, *Chile y su Industrialización...*p.66.

⁸⁸ Henry W. Kirsch, *Industrial Development in a Traditional Society*, The University Presses of Florida, Gainesville, 1977, pp. 44-45.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 56.

en el sistema capitalista era muy elemental; como inversionistas procuraban altos retornos en períodos breves, evitando las actividades con prolongados períodos de gestación. No existía una auténtica conciencia industrial ni tampoco se desarrollaba un empresarial espíritu burgués. Igualmente, asegura, que es difícil distinguir por separado los sectores de comerciantes, agricultores y mineros. La mayor parte de la elite estaba involucrada en diversas actividades, pero siempre manteniendo los tradicionales valores de una sociedad aristocrática rural. El aporte de la capacidad técnica de los migrantes fue un ingrediente esencial que se unió a los esfuerzos industriales de la oligarquía, permitiendo la emergencia de múltiples sociedades mixtas entre capitalistas nacionales y técnicos europeos⁹⁰. Los inmigrantes fueron quienes permitieron la expansión industrial, al entregar su capacidad empresarial y conocimiento técnico. El carácter selectivo de la migración chilena que privilegió, con el expreso objetivo de impulsar la industria, sus capacidades laborales, se evidenció en la prominente participación que tuvieron en la industria⁹¹.

En consideración a lo precedente, Kirsch infiere que la composición del empresariado y la formación de capitales fue múltiple: “Una oligarquía nacional predominante homogénea en su carácter con inversiones distribuidas en la minería, el comercio, las finanzas y la agricultura, participó igualmente en la industria. Firmas importadoras extranjeras, corporaciones industriales y bancos estuvieron también presentes, al comienzo, a menudo en sociedad con la oligarquía nacional. Finalmente los inmigrantes proveyeron otra importante reserva de empresarios. El éxito, sin embargo, a menudo permitió que los industriales inmigrantes o sus descendientes llegaran a ser incorporados a los círculos de la elite, la cual había evidenciado tradicionalmente una actitud decididamente abierta con respecto a la movilidad social. Los criterios que prevalecían no eran de acuerdo al tipo de actividad económica, o de índole étnica sino mas bien se fundaban en las habilidades como hombres de negocio demostradas por los individuos”⁹².

Kirsch discrepa de la posición de los historiadores marxistas que han asumido que los industriales apoyaron al Ejecutivo en la guerra civil. Por el contrario, afirma que estos, como parte integrante de la oligarquía, no siendo un grupo separado, se opusieron a Balmaceda por ver amenazados sus intereses⁹³.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 68.

⁹¹ *Ibidem*, p. 42.

⁹² *Ibidem*, p. 42. Traducción libre del autor.

⁹³ *Ibidem*, p.105.

Finalmente, el economista estadounidense concluye que la industria chilena no llegó a ser un “polo de crecimiento” para el desarrollo, ya que fue incapaz de transmitir innovación y progreso al resto de la economía, como se esperaba que lo hiciera o permitiera que el país iniciara un proceso autosostenido y autónomo de crecimiento⁹⁴.

Markos Mamalakis escribió un excelente trabajo analítico sobre la economía chilena, coetáneo a la tesis de Kirsch⁹⁵. Por consiguiente, ninguno de ellos conoció previamente del trabajo del otro, en sus respectivas publicaciones. Es importante hacerlo resaltar, por cuanto en el tema de la industria hay destacadas coincidencias en las apreciaciones de ambos. Fundamentalmente sostienen que hubo un importante crecimiento industrial desde fines de siglo pasado, pero que el sector no logró constituirse en polo de desarrollo; por otra parte, también concuerdan en la fuerte incidencia que tuvo el empresariado migrante en el desarrollo industrial del país.

Refiriéndose a los efectos de la distribución interna y externa, Mamalakis indica que la participación tanto económica como en capacidad humana constituyó un capital importante para los distintos sectores productivos. La participación de mano de obra especializada permitió conformar un sector laboral bien pagado y eficiente. Por otra parte, la presencia de capitales extranjeros llevó a primer plano el tema de la propiedad extranjera vs. propiedad nacional. Para el autor, esta diferenciación tuvo especial significado debido a que las empresas extranjeras fueron más eficientes que las nacionales, lo cual se aprecia en sus beneficios, capacidad para sobrevivir y poder económico. Agrégase a esto su mejor capacidad para operar y relacionarse sobre todo en el ámbito internacional, a diferencia de las nacionales que solo se circunscribían al medio local⁹⁶.

Aunque Mamalakis reconoce la existencia de un empresariado nacional, estima que era reducido, por lo cual “el talento extranjero fue invitado a explotar las numerosas oportunidades para invertir, especialmente en la industria y el comercio”⁹⁷. Hace notar que la presencia de los extranjeros y sus recursos económicos fueron factores importantes en el crecimiento y transformación

⁹⁴ *Ibíd.*, p.153.

⁹⁵ Markos Mamalakis, *The Growth and Structure of the Chilean Economy: From Independence to Allende*, Yale University Press, New Haven, 1976.

⁹⁶ *Ibíd.*, p. 50.

⁹⁷ *Ibíd.*, p.51.

de Chile y permitieron la existencia de las condiciones que posibilitaron una modernización interna medida y una considerable y subsecuente independencia económica⁹⁸.

En todo caso es importante hacer notar que este autor rechaza la tesis del déficit empresarial chileno y considera que “la alta proporción de empresas de propiedad extranjera puede ser considerada más bien como una prueba del éxito –hasta de un excesivo éxito– de la política oficial, que de una reticencia de los chilenos a participar en esas actividades. Todavía más, aunque fuese cierto que la mayoría de los empresarios chilenos potenciales eran atraídos hacía el ejército, el clero y las profesiones liberales, no tenía por qué producirse una falta de empresarios mientras los sectores inmigrantes llenaran el vacío”⁹⁹.

Historiadores y sociólogos contemporáneos

Reunimos en este grupo diversos planteamientos que han surgido a contar de la década de 1970. Del mismo modo como los economistas, desde algunos años antes, replantearon el análisis del papel o emergencia del sector industrial, también los historiadores ofrecieron nuevas perspectivas. Uno de los primeros autores en preocuparse del tema fue Marcello Carmagnani a base del análisis de las series estadísticas procedentes de los censos industriales de 1895, 1906 y 1910 realizados por la Sociedad de Fomento Fabril. Si bien es cierto que esos censos tienen serias limitaciones, la metodología aplicada por el autor valida su investigación, al menos como un apropiado muestreo de la conducta y tendencias del comportamiento de la industria a través de sus distintos sectores.

Carmagnani hace un análisis del fenómeno económico chileno en el contexto internacional, confrontando lo que ha significado el proceso de industrialización nacional frente a los paradigmas europeos, específicamente Inglaterra. El autor concluye que la industria en Chile no logra un desarrollo

⁹⁸ *Ibidem*, p.52.

⁹⁹ Markos Mamalakis, “Explicaciones acerca del Desarrollo Económico Chileno: Una Reseña y una Síntesis”, en : *HISTORIA* (Universidad Católica de Chile), vol. 19 (1984), p. 122.

apropiado que le permita influir en el resto de la economía. Su fuerte vínculo externo en cuanto abastecedora de materias primas y de mercado de consumo dependiente generan un estado de sometimiento a la “estructura económica global”. “La industria no se constituyó en un ‘polo de desarrollo’ porque no afectó al corazón de los mecanismos nacionales, pero sobre todo internacionales, que condenaban a toda la economía chilena y, por consiguiente, también al sector industrial a un proceso de acentuación del subdesarrollo”¹⁰⁰. Este autor no hace referencias al factor humano.

Fernando Silva señala que a partir del gobierno de J. J. Pérez se nota un crecimiento industrial traducido en un aumento de los establecimientos, a pesar de las limitaciones impuestas por un reducido mercado interno y una ubicación geográfica alejada de los grandes centros consumidores. Por otra parte, señala la ausencia de mano de obra calificada y de empresarios, circunstancias que determinaron que la propiedad industrial se concentrara en manos de extranjeros. De igual modo, estos predominaron en los oficios técnicos más importantes. Sugiere además que hubo una importante participación de capitales extranjeros en la génesis industrial. Menciona, al respecto, el caso de la Refinería de Azúcar de Viña del Mar, que contó con la ayuda de parte de las casas importadoras Alsop y Kendall, y el de algunas textiles como Chiguayante, que recibió el aporte de capitales ingleses y la textil de Viña del Mar ayudada por belgas¹⁰¹.

Luis Ortega ha escrito varios trabajos relativos a la industrialización¹⁰². En su primera publicación se interesa en demostrar que la industria ya había alcanzado un previo crecimiento perceptible antes de la Guerra del Pacífico¹⁰³. La ausencia de series estadísticas y la imposibilidad de cuantificar el valor agregado de la producción industrial para el período inicial, hacen que el autor se apoye en un detenido estudio descriptivo de los distintos sectores

¹⁰⁰ Marcello Carmagnani, *Desarrollo Industrial y Subdesarrollo Económico. El Caso Chileno (1860-1920)*, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, Santiago, 1998, p.168. Corresponde a una traducción de la obra original *Sviluppo Industriale e Sottosviluppo Economico. Il Caso Cileno (1860-1920)*, Fondazione Luigi Einaudi, Torino, 1971.

¹⁰¹ Fernando Silva V., “Notas sobre la Evolución Empresarial Chilena en el Siglo XIX”, en: Varios Autores, *Empresa Privada*, Escuela de Negocios de Valparaíso, Editorial Universitaria, Santiago s/f (1973?), pp. 94-95.

¹⁰² La base de sus investigaciones la constituye su tesis doctoral presentada a la Universidad de Londres en 1979, *Change and Crisis in Chile's Economy and Society, 1865-1879*.

¹⁰³ Luis Ortega, “Acerca de los Orígenes de la Industrialización Chilena. 1860-1879”, en: *NUEVA HISTORIA*, año 1, N°2, Londres, 1981.

industriales. Caracteriza a la industria, para comienzos de siglo XX, por su amplia diversificación, la participación heterogénea de inversionistas procedentes de otros sectores económicos y la importante presencia de extranjeros, tanto en el nivel empresarial como en la mano de obra calificada¹⁰⁴.

En un posterior trabajo, realizado conjuntamente con Julio Pinto, Ortega analiza el impacto que la minería tuvo en el sector industrial, demostrando que esta fue “un eslabón clave en el camino hacia la industrialización”¹⁰⁵. El devenir de la minería marcaría la pauta de la evolución de la industria. La inserción de la minería en el mercado internacional le impuso adecuarse a las exigencias propias del mercado que obviamente incidían en los procesos productivos, lo que se tradujo en transformar al sector en el más moderno de nuestra economía. Al mismo tiempo, el carácter dependiente de la minería de los mercados externos, tradicionalmente inestables, determinaba una situación de inestabilidad que repercutían en el sector industrial ligado a la minería. De tal modo que “en el Chile de fines del siglo XIX se gestó nítidamente un sector industrial, pero su sola existencia no bastó para imprimir a la economía un impulso definitivo hacia el desarrollo. La minería, por otra parte, estuvo muy lejos de ser el freno que muchas veces se ha planteado, pero tampoco aportó la esperada clave transformadora en un sentido integral y sostenido. Tal como se dieron las cosas, en la transición chilena hacia el capitalismo, minería e industrialización marcharon unidas tanto en sus logros como en sus fracasos. Ninguna de ellas, sin embargo, fue capaz de romper la camisa de fuerza del subdesarrollo”¹⁰⁶.

En relación con los empresarios, los autores consideran que estos se sentían más inclinados a invertir en el campo financiero o comercial que en sectores más arriesgados y de rentabilidad a mayores plazos. Esta conducta explicaría, en parte, las limitaciones del sector industrial.

Otro trabajo realizado por Ortega, con carácter más global y a modo de síntesis para el período 1850-1930, analiza el proceso económico nacional

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 43.

¹⁰⁵ Julio Pinto y Luis Ortega, *Expansión Minera y Desarrollo Industrial: Un Caso de Crecimiento Asociado (Chile 1850-1914)*, Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile, 1990. Respecto a la incidencia del sector minero en el desarrollo económico nacional es interesante ver la posición de Manuel Fernández, “El Enclave Salitrero y la Economía Chilena, 1880-1914”, en: *NUEVA HISTORIA*, N°3, Londres, 1981, quien cuestiona, o al menos minimiza, el papel de la minería en el ámbito industrial, al calificar la situación del país como de “enclave económico”, cuestionando sobre todo la tesis de Carmen Cariola y Osvaldo Sunkel, *Un Siglo de Historia Económica de Chile, 1830-1930*, Madrid, 1982.

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 111.

contextualizado con el escenario socio-político. Según su parecer, las limitaciones estructurales de nuestra economía y especialmente las procedentes del sector agrícola hacían muy difícil se crearan las condiciones de despegue de la industria. A ello agrega la actitud poco decidida y definida de la clase política en torno al proyecto socio-económico nacional¹⁰⁷.

De otra parte, Sergio Villalobos, al analizar la constitución de la “burguesía nacional”, advierte sobre las peculiaridades de ésta en relación con el ámbito internacional, en cuanto al vínculo con la aristocracia mercantil tradicional de relativa modestia y carente de privilegios significativos. Se facilitaría ese proceso de circulación por el fenómeno inverso de aburguesamiento de la aristocracia que diversificó sus intereses, además de los tradicionales agrícolas, aunque en forma recatada y como accionistas más que como empresarios¹⁰⁸. Lo reducido de los círculos sociales tradicionales, la admiración y el éxito que fueron alcanzando los extranjeros permitió además una rápida incorporación de estos al ámbito social predominante. Reconoce Villalobos el papel dinamizador de los extranjeros en la economía nacional y de renovadores en cuanto a ideas y métodos de organización y trabajo; en suma, portadores de un “espíritu capitalista” que se concretó en su gestión empresarial con muy buenos resultados¹⁰⁹. Rechazando los argumentos de carácter racial esgrimidos por Encina, afirma que el éxito de los extranjeros “provenía de una distinta manera de ser, propio de otro ámbito cultural y basado en una filosofía que valoraba el aspecto material y el éxito del individuo”¹¹⁰. El ejercicio empresarial de los extranjeros impuso modalidades pragmáticas propias del ambiente comercial internacional al cual fácilmente podían acceder los extranjeros e inmigrantes.

Alvaro Góngora se suma a la convicción de la composición heterogénea de la “clase empresarial” en la cual primarían extranjeros y “millonarios viejos”. Según él, los orígenes de la industria se encontrarían hacia las décadas de 1860 ó 1870, sin lograr un desarrollo pleno a fines del siglo. Reconoce el papel destacado de los extranjeros como empresarios y caracteriza a la aristocracia

¹⁰⁷ Luis Ortega, “El Proceso de Industrialización en Chile 1850-1930”, en: *HISTORIA*, vol.26, Instituto de Historia, Universidad Católica de Chile 1991-92.

¹⁰⁸ Sergio Villalobos, *Origen y Ascenso de la Burguesía*, Editorial Universitaria, Santiago, 1987.

¹⁰⁹ Sergio Villalobos, “Sugerencias para un Enfoque del Siglo XIX”, en: Colección *ESTUDIOS CIEPLAN*, N°12, 1984, p. 27.

¹¹⁰ Sergio Villalobos, *Origen y Ascenso...*, p. 63.

nacional como poco propensa a las inversiones industriales y más identificada con las operaciones especulativas y el afán de lucro¹¹¹.

Gonzalo Vial rechaza el argumento de Claudio Véliz en cuanto a la existencia de tres grupos de poder librecambistas, sosteniendo que los agricultores exportadores, un grupo muy pequeño y amenazado por los ganaderos argentinos, eran más bien proteccionistas. Sostiene que la Sociedad Nacional terminó siendo declaradamente proteccionista y muy ligada a la SOFOFA. Respecto a los comerciantes importadores sostiene que muchas casas extranjeras habían incursionado en labores industriales, conjuntamente con su quehacer mercantil. Menciona, entre otros ejemplos, el caso de la Refinería de Azúcar de Viña del Mar que requirió la ayuda de dos firmas extranjeras: Alsop y Cía y Kendall y Cía. Vial considera que los mineros pagaban derechos muy subidos por sus exportaciones y en cuanto a las importaciones que requerían, se trataba de materias primas imposibles de proveer en el país como el carbón (el chileno era de muy bajo poder calórico) y el yute¹¹².

Vial no reconoce en ninguno de estos tres grupos intereses librecambistas. La realidad planteada por Véliz, siguiendo a Vial, solo se advierte en la década de 1860 y 1870, de plena influencia de Courcelle-Seneuil. Al concluir el siglo, la situación ya era muy distinta: el librecambismo era cuestionado en todo el mundo y eso se notaba en el medio intelectual nacional, donde emergía una fuerte corriente nacionalista representada por Encina, Pinochet Le Brun, Malaquias Concha, entre otros. Súmese a esto la actitud del Estado, al imponer ciertas medidas proteccionistas y el desarrollo institucional que tuvo el sector industrial a través de la SOFOFA¹¹³.

Vial, finalmente, señala que los obstáculos que impidieron la industrialización del país serían la falta de aptitudes raciales –siguiendo a Encina– heredadas tanto de los indígenas como de los españoles. Esto se complementaba con una enseñanza distanciada de las actividades económicas y una ineficiencia parlamentaria. Otros factores estarían en “la fanática admiración chilena por todo lo extranjero y su correlativo desprecio de lo nacional”, y la ausencia de una burguesía industrial con espíritu empresarial¹¹⁴.

¹¹¹ Alvaro Góngora, “Políticas Económicas y Desarrollo Industrial en Chile hacia 1870-1900”, en: *DIMENSIÓN HISTÓRICA DE CHILE*, N°1 (1984), Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago.

¹¹² Gonzalo Vial, *Historia de Chile 1891-1973*, vol. I, tomo II, p. 477.

¹¹³ *Ibidem*, p. 481 y ss.

¹¹⁴ *Ibidem*, pp. 489-490.

Sobre esto último sentencia Vial que “no nos faltó durante esta época todo espíritu de empresa, sino el necesario para formar una tradición industrial. Exige ella el método, la constancia, la parsimonia en el gasto, la habilidad técnica, el orden, la puntualidad, la paciencia para aguardar resultados sólo una vez transcurridos largos años de esfuerzos perseverantes... Los empresarios chilenos tenían el espíritu del minero: tenacidad y privaciones sin límites en la búsqueda, aspiración a la suerte repentina y a la fortuna rápida y cuantiosa”¹¹⁵.

Arnold Bauer, historiador norteamericano, hace notar que la industrialización chilena no tuvo una evolución secuencial tradicional característica del sector, pues pasó desde una etapa artesanal a la protoindustrialización y luego a la etapa de crecimiento autosostenido. El caso nuestro lo describe como un proceso abrupto y accidental, al igual que la minería, enfrentada a la competencia extranjera y a la pobreza rural. Hace notar además que aquellos que se desempeñaron en los sectores mineros e industriales no accedieron al poder político¹¹⁶.

Bauer afirma que los analistas chilenos han cometido el error de visualizar el proceso nacional mediante modelos europeos. Cita específicamente el caso de Claudio Véliz quien visualizaría la necesidad de que existiera una burguesía triunfadora que hubiera desplazado a la aristocracia terrateniente. Empero, Bauer cita los nuevos estudios realizados en Europa que demuestran que tampoco en Europa se dio el caso de un pleno predominio burgués; por el contrario, hubo alianzas de la burguesía con la nobleza terrateniente.

Este autor rechaza las habituales comparaciones y confrontaciones a las que se somete la historia de Chile frente a la evolución de los países desarrollados. Sostiene que para una apropiada comprensión del proceso nacional es pertinente respetar y considerar los propios ritmos históricos de su sociedad.

Uno de los últimos trabajos conocidos corresponde a la tesis doctoral de Rigoberto García, presentada en la Universidad de Estocolmo¹¹⁷. Este autor sostiene que la industrialización comenzó en la década de 1840, siendo un

¹¹⁵ *Ibidem*, p. 491.

¹¹⁶ Arnold Bauer, “Industrial Development and the Missing Bourgeoisie. Chile 1850-1950”, *Working Paper Series* N°51, Agricultural History Center U. of California, Davis, 1988. Posteriormente, en 1990 fue publicado en *Hispanic American Historical Review* 70:2.

¹¹⁷ Rigoberto García, *Incipient Industrialization in an “Underdeveloped” Country. The Case of Chile, 1845-1879*, *Institute of Latin American Studies*, Monograph N°17, Stockholm, 1989.

proceso muy selectivo por su vinculación al comercio extranjero y a la demanda interna de las áreas mineras y de dos o tres centros urbanos. El Estado, incipientemente organizado, tuvo una participación más bien aislada en cuanto a apoyar la industrialización. Sobre la presencia del sector agrícola, considera que no se advierten cambios significativos. La productividad, la generación de tecnología y reforma agraria, como ocurrió en Europa, no afectaron positivamente el proceso industrial chileno.

En cuanto a la percepción de Pinto sobre las frustraciones económicas acaecidas a fines del siglo XIX que no representarían el dinamismo de los pioneros de mediados de ese siglo, el autor cree que se omiten varios aspectos en esa posición. Entre los más relevantes menciona que los pioneros se mezclaron con los otros grupos y diversificaron sus inversiones, terminando por actuar como los grupos dominantes tradicionales e invirtiendo en áreas especulativas para poder ampliar y proteger sus inversiones. En cuanto a las políticas arancelarias, afirma que no fueron ni librecambistas ni proteccionistas, sino pragmáticas. Cuestiona que hubiera una disminución en la acción estatal, visualizando más bien una ampliación, al participar este en el desarrollo del transporte, las obras públicas, la educación, la colonización, y adquiriendo mayores créditos tanto internos como externos.

Acerca de lo sostenido por Véliz sobre el desinterés de los grupos dominantes, afirma que fueron los comerciantes, mineros y terratenientes quienes comenzaron el proceso de modernización. La industrialización fue una forma de diversificar sus intereses, proteger sus inversiones y obtener más ganancias. Habrían sido ellos quienes iniciaron una espontánea y desordenada industrialización.

Para García, la industrialización en Chile comenzó temprano y no tuvo una evolución lineal. Siguió más bien una tendencia cíclica de altos y bajos, vinculada a los cambios del comercio internacional y al desarrollo del mercado interno. La industrialización se identificó con la estructura del país y sus enormes contrastes sociales y económicos. Las posibilidades y limitaciones para la transformación de la manufactura estaban condicionadas por los escasos cambios experimentados en la producción, propiedad, estructura de ingresos y políticas gubernamentales. Ellos estuvieron, a su vez, dependiendo de la ideología y conducta de los empresarios: solidaria, subsidiaria y vinculada a los grupos tradicionales donde las ideas de progreso social nacional y positivas transformaciones en la propiedad y el ingreso no eran bienvenidas¹¹⁸.

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 234.

Concluye el autor en que “el desarrollo general de Chile entre 1845-1879 no puede ser explicado por un solo factor, como la ubicación, problemas de capital y el rol del Estado. Tampoco puede ser explicado por el exclusivo papel desempeñado por los empresarios, los problemas tecnológicos o la posible intrusión del “imperialismo”. Cada uno de esos aspectos explican solo una parte del todo ya que se expresan y combinan en diferentes formas, de acuerdo con las fuerzas y factores participantes, el momento en que determinado problema se produce y las específicas condiciones en vigencia. La realidad es mucho mas complicada que un simple modelo teórico o explicatorio basado en dos o tres factores¹¹⁹.

Fundamenta García que la estructura económica del país, a través de sus diferentes sectores –minería, agricultura, comercio exterior– tenía una evolución trastabillante, afectando directamente y en igual forma, en sus impactos, a la industria. Por otro lado, otros factores económicos como las limitaciones del poder adquisitivo de la población, la estrechez del mercado doméstico; los desequilibrios estructurales en la propiedad e ingreso; el deficiente tipo de relaciones con el ámbito económico extranjero, afectaban directamente la situación global. En relación con la situación interna del sector industrial, había también importantes limitaciones, como la dependencia tecnológica; importación de gran parte de los insumos; el desarrollo que se concentraba en industrias de consumo y establecimientos de reparaciones, con baja demanda de capital y limitados niveles de generación tecnológica, además de falta de integración vertical y horizontal entre los distintos sectores industriales y también ausencia de mano de obra capacitada, como de mecanismos y estrategias orientadas a solucionar tales falencias¹²⁰.

Uno de los últimos trabajos aparecidos y preocupado de develar las causas de la “revolución empresarial chilena” entrega sugerentes opiniones respecto a la participación de los empresarios en el desarrollo económico, deteniéndose en sus orígenes, características y logros¹²¹. Recogiendo los trabajos clásicos ya mencionados hace notar la heterogénea composición de los empresarios en los diversos sectores económicos, recalcando que en el caso de la industria es notorio, desde sus orígenes, a fines del siglo XIX, el predominio de los inmigrantes europeos.

¹¹⁹ *Ibídem*, p. 236-237.

¹²⁰ *Ibídem*, p. 237.

¹²¹ Cecilia Montero, *La Revolución Empresarial*, DOLMEN/CIEPLAN Ediciones, Santiago, 1997.

Para Cecilia Montero, la participación de los empresarios salitreros en otros sectores de la economía nacional fue muy limitada, orientando sus ganancias más bien al consumo suntuario. A esta razón agrega las limitaciones de los gobiernos de la época para establecer políticas económicas que incentivaran otras actividades productivas utilizando los beneficios salitreros. Bajo esta perspectiva el desarrollo industrial no contó con los factores apropiados para desarrollarse, a pesar de ser importante su existencia luego de la Guerra del Pacífico. Sostiene que la “emergente burguesía no tuvo suficiente expresión política como para encabezar nuevas alternativas de desarrollo”¹²². No hubo sincronía entre las posibilidades de desarrollo industrial y los mecanismos de poder local. Las limitaciones de capital, la estrechez del mercado, la escasa incorporación de tecnología, no fueron problemas enfrentados por el Estado que privilegió la obtención de recursos de los tributos de la minería y liberó de otras gabelas a los sectores pudientes. “En la medida en que no se adoptaron a tiempo las políticas para corregir los problemas de un despegue industrial anárquico, no se aprovechó la expansión económica en beneficio de una verdadera industrialización”¹²³.

La fusión del grupo empresarial tradicional fundado en la explotación agrícola y minera con aquel conformado por lo inmigrantes fueron conformando una particular “burguesía” nacional. Estos aportaron el control del poder y aquellos el espíritu capitalista, el conocimiento de los mercados, los principios del liberalismo económico, es decir, aportaron el espíritu empresarial moderno. Sostiene que hasta 1940 predominaron los empresarios extranjeros para luego asumir el Estado un papel protagónico, el cual efectivamente estimuló la industria pero no consiguió los mismos resultados con los sectores minero y agrícola.

A modo de conclusión

A través de los numerosos estudios revisados se detecta una evolución en los aspectos metodológicos y teóricos utilizados. Del mismo modo se puede advertir cómo en determinados momentos se acentúan prejuicios, posiciones ideológicas o teóricas: las posturas nacionalistas influyeron fuertemente en

¹²² *Ibidem*, p. 60.

¹²³ *Ibidem*, p. 61

los intelectuales de comienzos de siglo cuando pretendieron interpretar la situación económica del país y la participación extranjera. Asimismo, los marxistas aplicaron sus teorías analíticas y sus categorías ideológicas para explicar el proceso nacional; es decir, de qué modo el imperialismo imponía su presencia en su expresión económica manifiesta en el capitalismo extremo. Posteriores proyectos teóricos, como el desarrollismo, antesala de la teoría de la dependencia, también se enclaustraron en un esquema teórico que dejó limitada capacidad para interpretar las particulares y especificidades de los procesos. Finalmente pudimos percibir una mayor apertura desde la segunda mitad de la década de 1960, cuando se utilizaron métodos científicos con fuentes más variadas y confiables. Desde ese momento se percibe un interés por analizar el fenómeno industrial como parte del proceso económico nacional: esto es, conocer de qué modo la industrialización se ha insertado en la evolución económica, o en qué forma la industrialización ha aportado al desarrollo integral del país.

En el avance de los estudios sobre industrialización se han incrementado las preguntas y las dudas; también es efectivo que hay una evidente profundización en el tema. Se han superado las explicaciones simplistas y se enfrenta la temática en forma global e integrada al proceso económico nacional e internacional. Se percibe una mayor libertad frente a teorías deterministas que más bien se emplean como instrumentos críticos en vez de modelos analíticos.

En cuanto a nuestros particulares intereses, advertimos que en general hay conciencia de la relevancia que han tenido los migrantes europeos y sus descendientes en la gestión empresarial, aunque se echa de menos trabajos que hayan desarrollado el tema en forma detenida. Llama la atención que quienes mayor claridad muestran sobre el particular son especialistas extranjeros.

Al margen de los resultados que puedan arrojar los diversos trabajos seleccionados es necesario considerar que a través de las diferentes percepciones de los distintos autores podemos también recoger las correspondientes perspectivas e intereses de los intelectuales frente al proceso industrial. Es cierto que los investigadores sociales y economistas no constituyen necesariamente una expresión de la sociedad a la que pertenecen, pero al menos sí expresan las inquietudes de la disciplina que representan. Hay un predominio de determinadas tendencias científicas, o preeminencia de ciertas teorías que en ciertos momentos de la historia se imponen con sus modelos para explicar, desde perspectivas macro, determinados fenómenos locales; visiones nacionalistas, enfoques imperialistas, interpretaciones marxistas, con diversas variables, análisis que privilegian la acción estatal alternados con aquellos que, por el contrario, se inclinan por la acción privada. En fin, distintas percepciones

apoyadas en determinadas teorías nos muestran las particulares visiones de quienes están interesados en determinados fenómenos históricos. En este caso, nosotros hemos recorrido un prolongado período que nos ha permitido conocer la evolución de los estudios de determinado ámbito de la historia nacional. Cuando en la actualidad se advierte un surgimiento notorio de la capacidad empresarial es bueno conocer el proceso histórico que la hizo posible para lograr una más apropiada comprensión de él. En una economía tan frágil como la nuestra y sometida a constantes altibajos como consecuencia de los constantes problemas económicos y políticos que nos afectan, se impone hacer acopio de las perspectivas que en su evolución y profundización llevan necesariamente a mayores precisiones y más adecuadas respuestas. La participación de economistas, como también el desarrollo de la historia económica nacional han contribuido muy positivamente a lograr mejores respuestas mediante el empleo más adecuado de información existente, como también utilizando recursos científicos que han permitido incorporar fuentes hasta ahora marginadas. La utilización de series estadísticas de fácil procesamiento, gracias a la computación, ha puesto a disposición de los historiadores mayores antecedentes para lograr interpretaciones más solventes y convincentes. Del mismo modo, la evolución del aparato teórico ha experimentado un importante desarrollo, mostrando un espectro más amplio, plural y más científico, en cuanto a que no está tan sometido a determinadas ideologías que imponían modelos específicos (ej., el dependantismo de la década de 1970).

La concurrencia de trabajos interdisciplinarios con visiones más amplias a las estrictamente impuestas por determinadas disciplinas ha permitido una visualización del proceso evolutivo de la industria más coherente con la evolución no solo económica y política del país, sino también social: “el orden empresarial se construye socialmente”¹²⁴. La existencia de recursos financieros, políticas económicas liberales, mercados apropiados, no bastan para integrar a una nación a un proceso de transformaciones económicas que significa cambios de conducta decisivos en el ámbito empresarial y laboral. Todo ello conduce a que una sociedad capacitada, comprometida y convencida asuma, cohesionadamente, un comportamiento en determinada dirección.

¹²⁴ Cecilia Montero, *op. cit.*, p. 341.